

Genghis Khan

y el inicio del mundo moderno



Jack Weatherford



Lectulandia



BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

EUROPA, ASIA, EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA Y LA ÉPOCA MODERNA

Europa antes de la época Moderna y su ingreso en la misma

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: **1208**

Número del texto en clasificación por autores: **22478**

Título del libro: Genghis Khan y el inicio del mundo moderno

Título original: Genghis Khan and the Making of the Modern world

Autor: Jack Weatherford

Traductor (es): Juan Rabasseda-Gascón

Editor: Grupo Planeta, S.A.

Derechos de autor: ISBN: 9788484327431; ISBN: 8484327434

Año: 2004

Ciudad y país: Barcelona – España

Número total de páginas: 645

Fuente: <https://ebiblioteca.org/?/ver/134427>

Temática: Europa y Asia antes de la época Moderna

¿Fue el imperio mongol algo más que una horda de salvajes guerreros a caballo que saquearon Asia y cayeron a sangre y fuego sobre Occidente?

Fruto de la visión y la energía de un hombre excepcional, Genghis Khan, la Gran Nación Mongola supuso un puente entre un floreciente y desconocido Oriente y una Europa sumida en sus propias tinieblas que, a raíz de ese dinámico e inesperado contacto, se sobrepuso y consiguió entrar en su definitiva modernidad.

Lectulandia

Jack Weatherford

Genghis Khan y el inicio del

mundo moderno

ePub r1.0

Titivillus 29.04.2019

Título original: *Genghis Khan and the Making of the Modern world*

Jack Weatherford, 2004

Traducción: Juan Rabasseda-Gascón

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A los jóvenes mongoles.

Nunca olvidéis a los eruditos mongoles que
estuvieron dispuestos a sacrificar sus vidas
para preservar vuestra historia.

Este noble rey se llamaba Genghis Khan,
quien en sus tiempos gozó de
tanta nombradía
que en ninguna parte ni en
comarca alguna hubo
tan excelso señor en todo.

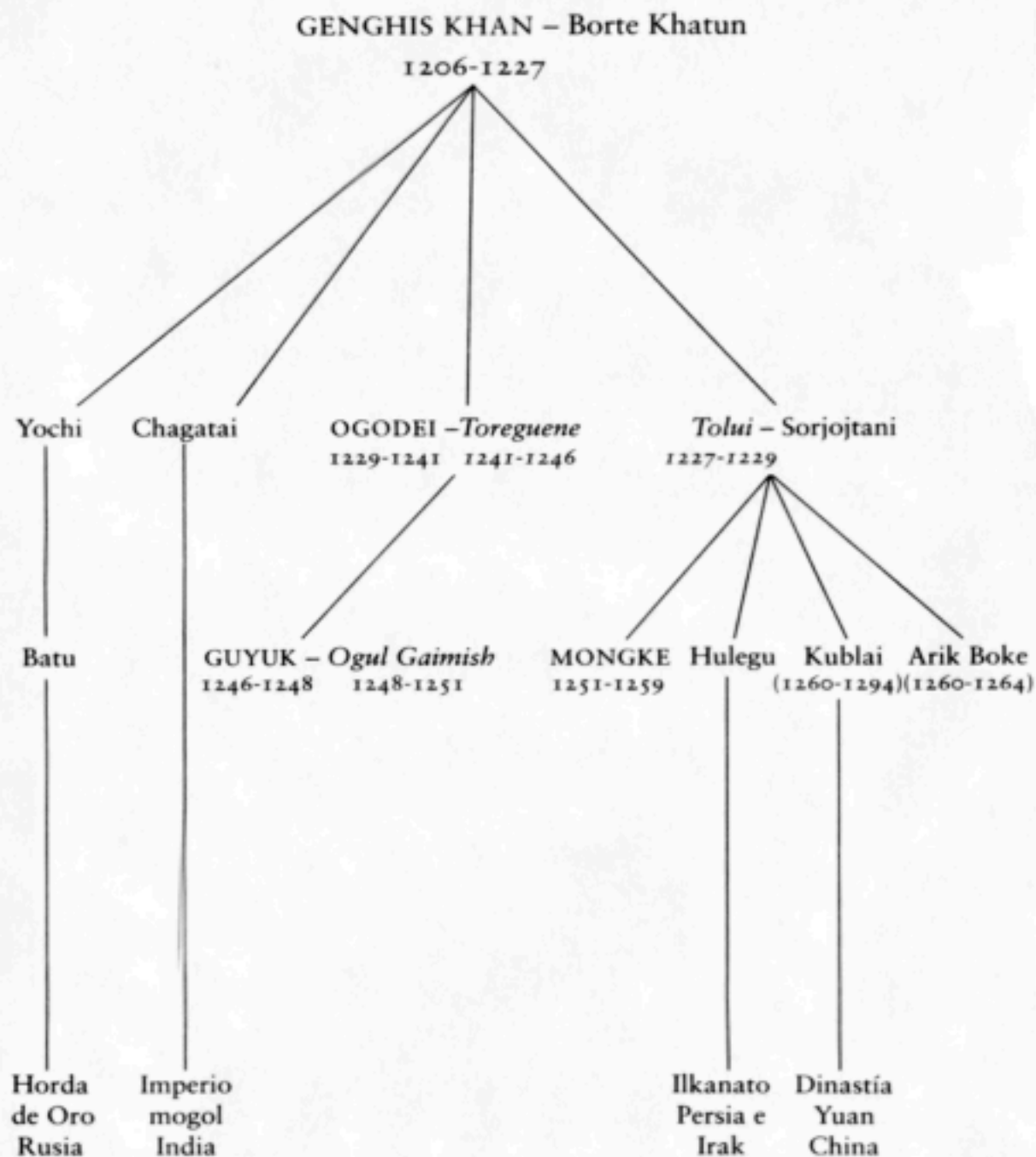
Geoffrey Chaucer, «El cuento del
escudero», *Los cuentos de
Canterbury* (c. 1395)

Dos Sueños del Khan se entrecruzan 300 años después

Sueños rescatados por Borges:

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.InteligenciaPrimordial.6.elRivalinterior.pdf>

La familia real del gran Imperio mongol, Yeke Mongol Ulus



EL GRAN KHAN

Regente

Los años se refieren a los reinados

(Los años en paréntesis se refieren a los reinados disputados)

AGRADECIMIENTOS

La nación mongola fundada por Genghis Khan en 1206 sigue viva en la actualidad. En primer lugar quiero expresar mi más sincero agradecimiento a los funcionarios estatales que han hecho posible mi investigación, particularmente al presidente del país, N. Bagabandi, al ministro de Ciencia, Tecnología, Educación y Cultura, A. Tsanjid, y al diputado del Parlamento, A. Shagdarsuren, del Ij Hural.

Agradezco asimismo las muestras espontáneas de apoyo recibidas de los académicos y los pastores de toda Mongolia. Por el respeto que las gentes sentían por mis compañeros, los catedráticos J. Ljagvasuren y O. Sujbaatar, allí donde fuimos todo el mundo intentó ayudarnos en la medida de lo posible. En mi calidad de extranjero y de desconocido, fui constantemente el beneficiario del honor que se rindió a mis dos colegas.

Resulta difícil describir la dedicación con que la gente me prestó su ayuda. Incluso cuando estábamos acampados en lo que parecía el lugar más recóndito del mundo que se pudiera encontrar, nunca tardaba en aparecer por el horizonte una muchacha conduciendo su carro tirado por un yak que nos traía agua o estiércol seco para que encendiéramos una hoguera. Un día caluroso se presentaba alguien con una cestita hecha de cortezas de abedul perfectamente cosidas, llena de bayas salvajes y yogur seco, y otro aparecía un joven cazador con una marmota recién cocinada o con un cuenco de leche fresca para nosotros. Los pastores no sólo me ofrecieron cobijo y alimentos a lo largo del camino, sino que también trajeron caballos y ovejas para realizar una aportación personal al estudio de sus antepasados. En más de una ocasión, toda una familia abandonó lo que estaba haciendo y, tras dejar a uno de sus hijos al cargo de los rebaños, vino con nosotros para acompañarnos y para hablar de la tarea que estábamos llevando a cabo. Uno de los días más agotadores, mientras los ancianos iban a lomos de los caballos, cuatro aguerridos jóvenes armados nos acompañaron voluntariamente a pie, o más bien corriendo, durante unos cincuenta kilómetros para protegernos en una región infestada de lobos.

A veces la gente nos sorprendía con unos regalos verdaderamente generosos: brillantes pieles curtidas o cuernos de animales perfectamente pulidos. Otras personas nos traían pequeñas figuras de madera talladas en forma de un caballo, una oveja o una cabra. Los chamanes rezaban sus plegarias para el éxito de nuestra empresa, y los monjes nos regalaban incienso para que lo quemáramos en los lugares santos que encontráramos. Algunas gentes que apenas tenían nada que ofrecer me regalaron

simplemente unas pequeñas piedras para que recordara el lugar en el que vivían. No hay nada que pueda compensar tanta generosidad.

Si bien soy el único responsable de las deficiencias que pueda contener el presente libro, debo compartir el mérito de estas páginas con muchísimas personas. Quiero expresar mi agradecimiento a J. Boldbaatar, catedrático de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Mongolia, por sus sabios consejos, así como al personal, al profesorado y al cuerpo de estudiantes del Instituto Universitario Chinggis Khaan de Ulán Bator, por su constante colaboración. Cuando publiqué la primera edición del presente libro y una serie de artículos relacionados con él en lengua mongola, fueron los primeros en realizar una valoración de mi trabajo que ayudó a mejorarlo. Por este inestimable servicio, doy las gracias a los catedráticos O. Purev, J. Shagdar, D. Bold-Erdene y G. Baatartsooy. Agradezco sinceramente la valiosa asistencia de T. Yamyansuren, A. Mungunzul, Ts. Jishigbayar y D. Chimedljam por la colaboración prestada en cuestiones de traducción, y a los estudiantes O. Hashbat y D. Ochirdory por su ayuda sobre el terreno. Los dibujos que se incluyen en el presente libro son obra del doctor S. Badral, por lo que le estoy profundamente agradecido.

Por la ayuda prestada en la organización del viaje y en la preparación de los equipos y el material necesario, estoy en deuda con T. Bold, Sh. Munhtsag, D. Tsetsegyargal, Sh. Batsugar y T. Battulga. En cuanto al viaje desde Estados Unidos, agradezco la asistencia recibida de Douglas Grimes, Annie Lucas y Angela Halonen-Webb.

Aunque esta investigación no se vio beneficiada por ninguna beca estatal o privada, lo cierto es que obtuve la inestimable colaboración del Macalester College a lo largo de todo mi trabajo. Vaya también mi agradecimiento a los bibliotecarios y demás personal de la DeWitt Wallace Library por haber encontrado para mi infinidad de textos de distintas partes del mundo, así como a los colegas que han colaborado desinteresadamente en mi labor: Daniel Balik, Mary Lou Byrne, Kay Crawford, Jimm Crowder, John Davis, Juanita Garciagodoy, Martin Gunderson, Arjun Guneratne, Gitta Hammarberg, Daniel Hornbach, David Itzkowitz, Manazh Kousha, David Lanegran, David McCurdy, Michael McPherson, Karen Nakamura, Kathleen Parson, Sonia Patten, Ahmed Samatar, Jaldun Samman, Dianna Shandy, Paul Solon, Anne Sutherland y Peter Weisensel. Y sobre todo, doy las gracias a mis estudiantes, que con tanta buena voluntad han tolerado mis obsesiones y manías e intentado contribuir en mi obra.

En otras etapas distintas de la confección del presente libro, agradezco el asesoramiento, los consejos y los ánimos de Raydean Acevedo, Christopher Atwood, Brian Baumann, Naran Bilik, Daniel Buettner, Leah y Rodney Camper, Harm DeBlij, John Dinger, D. Enchuluun, Kevin Fagan, James Fisher, Ray Gatchalian, Zaida Giraldo, Tjalling Halbertsma, Ts.

Yargalsaijan, Walt Jenkins, Christopher Kaplonski, D. Joroldamba, Philip Kohl, David McCullough, Navid Mohseni, Axel Odelberg, B. Otgonbayar, Lee Owens, Qi Yi, Marc Swartz y Don Walsh.

Siempre estaré agradecido a la diligencia y el empeño de mi agente, Lois Wallace, que ha trabajado conmigo durante veinticinco años, y a la ayuda prestada por James O. Wade, con quien he trabajado el mismo número de años. Por los consejos recibidos a lo largo del prolongado proceso editorial siempre estaré en deuda con mis editores, Emily Loose y Christopher Jackson, que saben mejor que nadie cómo hacer su trabajo, y con Mary Vincent Franco y Lynn Olson.

De todos los obsequios de los mongoles recibidos a lo largo de los años que ha llevado la realización de este proyecto, ninguno fue máspreciado que el regalo de la canción. Cuando me sentía exhausto e intentaba alcanzar a los demás jinetes, siempre había alguien cerca que me cantaba para darme fuerzas. Al final de una agotadora jornada, cuando encontrábamos refugio entre una familia de pastores, siempre había una niña que se presentaba ante mí y, aunque temblando de miedo al ver a un extraño como yo y temerosa de mirarme a los ojos, abría la boca y se ponía a cantar con tanto sentimiento y emoción que parecía que el mismísimo tiempo debería detenerse.

Poco a poco fui dándome cuenta de que aquellas canciones eran más que una simple diversión o un mero entretenimiento; constituían un verdadero tesoro de información y ofrecían una perspectiva muy profunda de la cultura y la historia de los mongoles. Debido a su vida en constante movimiento, los nómadas como los mongoles se vieron obligados a llevar consigo sus libros y sus cuadros en forma de canción. Los cánticos mongoles recogen el paisaje de las tierras de este pueblo no sólo en palabras, sino en las subidas y caídas de las notas que se corresponden con los altos y bajos del propio territorio. El *morin huur*, o violín con cabeza de caballo, que normalmente tocan los hombres, puede evocar el paisaje de lugares lejanos con el tono especial de su sonido. Carole Pegg se dedicó a compilar varios ejemplos de ello y, tras arduos años de investigación, los recogió en un disco compacto como parte de su estudio académico, *Mongolian Music, Dance, and Oral Narrative*.

Incluso cuando estuve lejos de Mongolia, varias personas me enviaron vídeos y grabaciones de música mongola para que me sirvieran de inspiración en mi trabajo. Como solían ser obsequios anónimos, quiero ahora agradecer desde estas páginas a los que tuvieron la generosidad y cortesía de dedicarme esos regalos. Me encantan las grabaciones de *morin huur* de Ts. Purevjuu y D. Ariunaa y la increíble voz de N. Norovbansad, el mejor cantante mongol del siglo xx. Además de la inspiración que supuso la música de D. Yargalsaijan y el grupo Chinggis Khaan, mi trabajo también se

vio beneficiado por el talento de Altai-Hangai, Caballo Negro, Rosa Negra, Jonj, Tenguer Ayalguu y Turnen Ej. Más que todas las palabras que pueda contener un libro, la música de N. Jantsannorov, uno de los mejores compositores del mundo, recoge la belleza del paisaje de Mongolia y retrata las pasiones de su historia.

Mi hijo, Roy Maybank, vino como asistente mío en uno de los viajes que realicé a Mongolia y a China, y, a lo largo de toda mi investigación, recibí constantemente el apoyo y la ayuda de mi hija, Walker Buxton. Pero a quien estoy profundamente agradecido es a mi esposa, Walker Pearce, que no sólo colaboró conmigo sobre el terreno en Rusia, China y Mongolia, sino que fue fuente de permanente inspiración y sentido del humor a lo largo de los seis años que ha durado este proyecto. aguardo con ilusión el día en que ella y yo podamos cabalgar acompañados de nuestros nietos por las estepas de Genghis Khan.



INTRODUCCIÓN

Genghis Khan era un hombre dinámico^[1].

The Washington Post, 1989

En 1937 el alma de Genghis Khan desapareció del monasterio budista de Mongolia central, situado junto al río de la Luna, a los pies de las montañas negras de Shanj, donde los piadosos lamas la habían protegido y venerado siglos y siglos. Durante los años treinta los secuaces de Stalin ejecutaron a unos treinta mil mongoles en una serie de campañas contra la cultura y la religión de este pueblo. Los soldados saquearon los monasterios uno tras otro, mataron a los monjes, violaron a las monjas, destrozaron todos los objetos religiosos, expoliaron las bibliotecas, quemaron las escrituras y demolieron los templos. Según se cuenta, alguien rescató secretamente la encarnación del alma de Genghis Khan del monasterio de Shanj y, para ponerla a salvo, la trasladó rápidamente a la capital, Ulaanbaatar^[2], donde al final desapareció.

A lo largo de los siglos, en las verdes estepas onduladas del Asia más profunda, un pastor-guerrero llevaba un estandarte del espíritu llamado *sulde* y fabricado con trenzas de crin de sus mejores sementales atadas al astil de una lanza, justo por debajo de la punta. Cuando establecía su campamento, el guerrero plantaba el estandarte del espíritu delante de la entrada para proclamar su identidad y para que fuera su perpetuo guardián. Esta enseña siempre estaba al aire libre, bajo el Cielo Azul Eterno que adoraban los mongoles. Como las trenzas de crin se agitaban y ondeaban por la brisa prácticamente constante de las estepas, capturaban el poder del viento, del cielo y del sol, y lo canalizaban hacia el guerrero. El viento recogido en las crines inspiraba los sueños del guerrero y lo instaba a forjarse su propio destino. El ondear al aire de las crines trenzadas impulsaba a su dueño a avanzar, apartándolo de aquel lugar para ir en busca de otro, para encontrar mejores pastos, para explorar nuevas oportunidades y emprender nuevas aventuras, para forjar su propio destino en esta vida. La unión entre el hombre y su estandarte crecía con tanta intensidad que, a la muerte del guerrero, se decía que su espíritu permanecía para siempre en aquellos mechones de crin. Durante la vida del guerrero, el estandarte de crines conducía su destino; al morir, se convertía en su alma. Se abandonaba el cuerpo físico, dejándolo en manos de la naturaleza, pero el alma vivía eternamente en aquellos mechones de crin para inspiración de las generaciones venideras.

Genghis Khan tenía un estandarte hecho con crines de caballo blanco

para utilizarlo en tiempos de paz, y otro fabricado con crines de caballo negro para utilizarlo en tiempo de guerra. El blanco no tardó en desaparecer, pero el negro sobrevivió como depositario de su alma. En los siglos posteriores a su muerte, el pueblo mongol siguió honrando el estandarte en el que vivía su alma. En el siglo XVI uno de sus descendientes, el lama Zanabazar, construyó el monasterio que tendría la misión especial de enarbolar y proteger su estandarte. Desafiando tormentas y ventiscas, invasiones y guerras civiles, más de mil monjes de la secta budista tibetana del Sombrero Amarillo custodiaron el gran estandarte, pero no pudieron con la política totalitarista del siglo XX. Los monjes fueron asesinados, y el estandarte del espíritu desapareció.

Los hados no entregaron a Genghis Khan su destino; él mismo se lo forjó. Parecía muy poco probable que lograra tener nunca suficientes caballos para crear un estandarte del espíritu, y mucho menos que pudiera enarbolarlo por todo el mundo. El muchacho que se convirtió en Genghis Khan creció en un entorno de muchísima violencia tribal, caracterizado por los asesinatos, los secuestros y la esclavización. Como hijo de una familia proscrita, abandonada a su suerte en las estepas, probablemente apenas llegara a encontrarse con unos pocos cientos de personas en toda su infancia, y no recibió ningún tipo de instrucción en el sentido literal de la palabra. De este duro entorno aprendió, con todo tipo de detalles escabrosos, a conocer las emociones humanas: el deseo, la ambición y la crueldad. Siendo todavía niño, mató a su medio hermano mayor, fue capturado y esclavizado por un clan rival y consiguió escapar de sus raptos.

Bajo unas condiciones tan espeluznantes, el muchacho mostró instinto de supervivencia y de conservación, pero aún no se intuían en él las hazañas que un día llegaría a realizar. De niño, tenía miedo de los perros y lloraba con facilidad. Su hermano pequeño era más fuerte que él, además de mejor arquero y luchador; su medio hermano lo mangoneaba y la tenía tomada con él. No obstante, pese a todas esas circunstancias degradantes de miseria, humillación, secuestro y esclavitud, el muchacho empezó su larga escalada al poder. Antes de alcanzar la pubertad, ya había establecido las dos relaciones más importantes de su vida. Juró eterna amistad y alianza a un chico algo mayor que él, que fue su mejor amigo en la juventud para convertirse luego en su más odiado enemigo, y conoció a la muchacha que amaría para siempre y a la que haría madre de emperadores. La doble capacidad de crear amigos y enemigos que fue forjándose durante la juventud de Genghis Khan sería un rasgo permanente a lo largo de su vida y se convertiría en la faceta característica de su personalidad. Los tormentosos

interrogantes del amor y la paternidad que surgieron bajo una manta compartida o a la luz del trémulo fuego del hogar familiar acabarían proyectándose en el gran escenario de la historia universal. Sus objetivos, sus deseos y sus miedos más íntimos terminarían por engullir el mundo.

Año tras año, poco a poco, fue derrotando a todos aquellos más poderosos que él, hasta que hubo conquistado todas las tribus de las estepas mongolas. A los cincuenta años, cuando la mayoría de los grandes conquistadores han dejado atrás los días de lucha y combate, el estandarte del espíritu de Genghis Khan lo apartó de su remota patria para enfrentarse a los ejércitos de los pueblos civilizados que durante siglos habían perseguido y esclavizado a las tribus nómadas. En los años de vida que le quedaban, siguió aquella divisa en repetidas victorias al otro lado del desierto de Gobi y del río Amarillo, en los reinos de China, a través de las tierras de Asia central de los turcos y persas y hacia el río Indo, al otro lado de las montañas de Afganistán.

Conquista tras conquista, el ejército mongol fue transformando la guerra en un asunto internacional con múltiples frentes abiertos, que se extendían a lo largo y ancho de miles y miles de kilómetros. Las innovadoras técnicas de combate ideadas por Genghis Khan hicieron que los caballeros de pesadas armaduras de la Europa medieval resultaran obsoletos y fueron reemplazados por una caballería disciplinada que avanzaba en unidades perfectamente coordinadas. En vez de confiar en fortificaciones defensivas, hizo un uso brillante de la velocidad y la sorpresa en el campo de batalla, además de perfeccionar las técnicas de asedio hasta tal punto, que logró poner fin a la época de las ciudades amuralladas. Genghis Khan enseñó a su pueblo no sólo a luchar a través de grandes distancias, sino también a mantener sus campañas militares durante años, décadas e incluso, llegado el caso, durante más de tres generaciones de combate constante.

En veinticinco años el ejército mongol logró someter más territorios y pueblos que los que conquistaron los romanos en cuatro siglos. Genghis Khan, con sus hijos y nietos, conquistó las civilizaciones con mayor densidad de población del siglo XIII. Tanto si se calcula por el número global de individuos derrotados, como por el de países anexados o por la superficie total ocupada, el resultado es siempre que Genghis Khan conquistó más del doble de las regiones que cualquier otro hombre en la historia. Los cascos de los caballos de los guerreros mongoles chapotearon en las aguas de todos los ríos y lagos desde el océano Pacífico hasta el mar Mediterráneo. En el momento de su máximo apogeo, el imperio abarcaba entre 17 y 19 millones de kilómetros cuadrados de territorio contiguo, la superficie aproximada del continente africano y una extensión mucho mayor que toda Norteamérica, entendida como el conjunto de Estados Unidos, Canadá, México, América central y las islas del Caribe. Se extendía de la nevada tundra siberiana a las

calurosas llanuras de la India, de los arrozales de Vietnam a los trigales de Hungría, y de Corea a los Balcanes. La mayor parte de la población del mundo actual vive en países que fueron conquistados por los mongoles; en un mapa moderno las conquistas de Genghis Khan habrían comprendido treinta estados con una población total superior a los tres mil millones de individuos. El aspecto más sorprendente de esta hazaña es que toda la tribu gobernada por el mongol apenas superaba el millón de personas, un número inferior al de los empleados de algunas grandes empresas multinacionales de la actualidad. Entre ese millón de individuos, Genghis Khan reclutó su ejército, que estaba formado por menos de cien mil hombres, un grupo que hoy en día podría caber perfectamente en uno de nuestros grandes estadios deportivos.

En términos americanos, la hazaña de Genghis Khan podría ser entendida como si Estados Unidos, en lugar de haber sido creado por un grupo de comerciantes cultos o terratenientes acaudalados, hubiese sido fundado por uno de sus esclavos analfabetos, el cual, con su arrebatadora personalidad, su fuerte carisma y su firme determinación, habría conseguido liberar América del dominio extranjero, unir al pueblo, crear un alfabeto, escribir una constitución, establecer la libertad de todas las religiones, inventar un nuevo sistema de guerra, llevar un ejército desde Canadá hasta Brasil y abrir rutas comerciales en una zona de libre intercambio que se extendía por todo el continente. En todas las esferas y desde cualquier perspectiva, la escala y la envergadura de las hazañas de Genghis Khan desafían los límites de la imaginación y apenas permiten una explicación razonable.

A medida que su caballería iba avanzando a lo largo del siglo XIII, Genghis Khan dibujaba un nuevo mapa de las fronteras del mundo. Su arquitectura no era de piedra, sino de naciones. Insatisfecho con el gran número de pequeños reinos existente, Genghis Khan convertía los países pequeños en grandes naciones. En Europa del Este los mongoles unificaron doce ciudades y principados eslavos en un gran estado ruso. En Extremo Oriente, en el transcurso de tres generaciones, crearon el país de China, recomponiendo los restos de la dinastía Song en el sur con los territorios de los yurchen en Manchuria, el Tíbet al oeste, el reino tangut junto al Gobi y las tierras de los uigur del Turkestán oriental. Con la expansión de sus dominios crearon países como Corea y la India, que han sobrevivido hasta la actualidad con aproximadamente las mismas fronteras establecidas por los conquistadores mongoles.

El imperio de Genghis Khan conectó y amalgamó las numerosas civilizaciones que lo rodeaban formando un nuevo orden mundial. Cuando nació Genghis Khan en 1162, el Viejo Mundo consistía en una serie de civilizaciones regionales de las que se puede afirmar que prácticamente no

conocían otra civilización más allá de la de su vecino más próximo. Nadie en China había oído hablar de Europa, y nadie en Europa había oído hablar de China, y, por lo que se sabe, ningún individuo había viajado de una a otra región. En el momento de su muerte en 1227, Genghis Khan había relacionado estas dos partes del mundo a través de una serie de contactos diplomáticos y comerciales que todavía persisten en la actualidad.

Con su destrucción del sistema feudal basado en el derecho por nacimiento y los privilegios aristocráticos, Genghis Khan desarrolló un nuevo sistema singular basado en los méritos personales, la lealtad y la consecución de objetivos. Tomó los centros comerciales, inconexos y lánguidos, de la Ruta de la Seda y los organizó en la región de intercambio comercial más extensa de la historia. Bajó los impuestos para todo el mundo, y abolió de un plumazo los de los médicos, los maestros, los sacerdotes y las instituciones de enseñanza. Estableció un censo regular y creó el primer sistema de correos internacional. El suyo no fue un imperio dedicado a acumular riquezas y tesoros; en lugar de eso Genghis Khan prefirió distribuir ampliamente los bienes conseguidos en los combates para que volvieran a entrar en circulación y revirtieran así en el comercio. Creó un derecho internacional y reconoció la ley suprema del Cielo Azul Eterno sobre todas las gentes. En una época en la que la mayoría de los gobernantes creían que estaban por encima de cualquier código, Genghis Khan fue partidario de leyes que obligaran a los gobernantes a su cumplimiento como el más insignificante de los pastores. Concedió la libertad religiosa en sus dominios, aunque exigía una lealtad absoluta a todos los súbditos conquistados, independientemente de cuál fuera su religión. Supo ver la importancia que tenía el gobierno de la ley y abolió la tortura, pero no dudó en organizar grandes campañas para ir en busca de bandidos invasores y terroristas asesinos, y acabar con ellos. No quiso tomar rehenes y, en lugar de eso, instituyó una nueva práctica: conceder la inmunidad diplomática a todos los embajadores y legados, incluidos los de naciones hostiles con las que estaba en guerra.

Genghis Khan dejó su imperio con unos cimientos tan sólidos que éste siguió creciendo otros ciento cincuenta años. Luego, en los siglos que siguieron a su derrumbamiento, los descendientes de Genghis Khan continuaron gobernando toda una serie de imperios menos extensos y grandes países, desde Rusia, Turquía y la India, hasta China y Persia. Ostentaron diversos títulos de naturaleza ecléctica, incluido el de kan, emperador, sultán, rey, sha, emir y dalai lama. Los vestigios de su imperio siguieron siendo gobernados por sus descendientes durante siete siglos. Como mogoles, algunos de ellos reinaron en la India hasta 1857, cuando los británicos expulsaron al emperador Bahadur Shah II y cortaron la cabeza a dos de sus hijos y a su nieto. El último gobernante descendiente de Genghis

Khan, Alim Khan, emir de Bujará, siguió en el poder en Uzbekistán hasta que fue depuesto en 1920 a raíz de la revolución socialista soviética.

La historia ha deparado a la mayoría de los conquistadores un final miserable e imprevisto. Alejandro Magno murió a los treinta y tres años en misteriosas circunstancias en Babilonia, mientras sus seguidores acababan con su familia y se repartían su imperio. Compañeros aristócratas y viejos aliados apuñalaron a Julio César en la cámara del Senado en Roma. Tras soportar la destrucción y la pérdida de todas sus conquistas, Napoleón, solo y amargado, encontró la muerte como un pobre prisionero solitario en una de las islas más apartadas e inaccesibles del planeta. Sin embargo, el casi septuagenario Genghis Khan pasó a mejor vida acostado en el lecho de su tienda, rodeado del afecto de su familia, sus leales amigos y sus fieles soldados, siempre dispuestos a arriesgar la vida cuando él lo mandara. En el verano de 1227, durante una campaña contra la nación tangut, allí donde el río Amarillo remonta su curso y más se aproxima a la frontera mongola, se apagó la vida de Genghis Khan; o, como dicen los mongoles, a los que les horroriza pronunciar las palabras «muerte» o «enfermedad», su alma «ascendió a los cielos». Durante los años que siguieron a su fallecimiento, el bien guardado secreto de las causas de su muerte invitó a que se formularan diversas conjeturas, y más tarde inspiró leyendas que con el paso del tiempo han sido presentadas con frecuencia como hechos históricos. Plano de Carpino, el primer embajador europeo que visitó a los mongoles, escribió que Genghis Khan había muerto tras ser abatido por un rayo. Marco Polo, que realizó numerosos viajes por todo el Imperio mongol durante el reinado del nieto de Genghis Khan, Kublai, contó que el emperador había fallecido a consecuencia de una herida de flecha en su rodilla. Algunos afirmaban que unos enemigos desconocidos lo habían envenenado. Otro relato cuenta que murió a raíz del conjuro mágico que le hizo el rey tangut con el que estaba en guerra. Uno de los relatos que circulaba entre sus más firmes detractores decía que la reina de los tangut, a la que había capturado, introdujo un artilugio en su vagina, y que cuando Genghis Khan fue a hacerle el amor, el aparato le arrancó los órganos sexuales y murió entre espantosos dolores.

Pero contradiciendo los numerosos relatos acerca de su muerte, el fallecimiento de Genghis Khan en una *ger* de nómadas muy parecida a la que lo había visto nacer pone de manifiesto el éxito con el que logró preservar el sistema tradicional de vida de su pueblo; sin embargo, curiosamente, en el proceso de conservar su sistema de vida consiguió transformar la sociedad humana. Sus soldados escoltaron el cadáver del difunto Khan de vuelta a su patria, Mongolia, donde sería enterrado en secreto. A su muerte, sus seguidores lo sepultaron en una tumba anónima

bajo el suelo de su patria, sin un mausoleo, sin un templo, sin una pirámide, sin una pequeña lápida que indicara dónde descansaba. Según las creencias mongolas, el cuerpo de un difunto debía dejarse reposar en paz y no necesitaba ningún monumento porque su alma ya no se encontraba allí: vivía en el estandarte del espíritu. Mediante este entierro, Genghis Khan regresó a aquellas extensas llanuras de Mongolia de las que procedía y donde se perdió silenciosamente. Su destino final sigue sin conocerse, pero en ausencia de una información fiable la gente inventó su propia historia aderezándola con grandes dosis de dramatismo. Un relato muy repetido sostiene que los soldados de su cortejo fúnebre mataron a todas las personas y animales que encontraron en su camino durante su viaje de cuarenta días y que, después de enterrar al kan en secreto, ochocientos hombres montados hicieron correr sus caballos repetidamente por la zona para ocultar el emplazamiento de su tumba. Luego, según esos relatos llenos de imaginación, los jinetes murieron a manos de otro grupo de soldados para que no pudieran revelar nunca dicho emplazamiento; y a continuación, este segundo grupo de soldados murió a manos de un tercero.

Tras ser enterrado en su tierra natal, los soldados salvaguardaron su tumba acotando una zona que comprendía varios cientos de kilómetros cuadrados. Nadie podía entrar, excepto los miembros de su familia y una tribu de guerreros especialmente adiestrados que permanecieron allí para matar a todos los intrusos. Esa zona —el // *Jorig*, el Gran Tabú, en lo más profundo del corazón de Asia— permanecería cerrada durante unos ochocientos años. Todos los secretos del imperio de Genghis Khan quedaron encerrados en su misteriosa tierra natal. Mucho después de la caída del Imperio mongol y de que otros ejércitos extranjeros invadieran parte de Mongolia, los habitantes de la región seguirían impidiendo la entrada en el recinto sagrado de su ancestro. Pese a la conversión final de los mongoles al budismo, los sucesores del gran kan se negaron siempre a que los sacerdotes construyeran un santuario, un monasterio o un monumento que indicara el lugar de su tumba.

En el siglo xx, con el fin de asegurarse de que la región que vio nacer a Genghis Khan —y en la que descansaba— no se convirtiera en punto de reunión de los nacionalistas, las autoridades soviéticas la vigilaban celosamente. En lugar de llamarla Gran Tabú o por uno de sus nombres históricos que pudieran asociarla con la figura del emperador mongol, los soviéticos la denominaron con la expresión burocrática de Zona Muy Restringida. La separaron administrativamente de la provincia que la rodeaba y la sometieron a la supervisión directa del gobierno central que, a su vez, estaba totalmente controlado por Moscú. Los soviéticos la aislaron todavía más, rodeando la Zona de Acceso Muy Restringido con otra zona, de un millón de hectáreas, igualmente restringida. Para impedir los

desplazamientos por la región, el gobierno no construyó ni carreteras ni puentes durante la era comunista. Los soviéticos instalaron una base aérea de cazas MiG perfectamente fortificada, y probablemente un depósito de armas nucleares, entre la Zona Restringida y la capital, Ulaanbaatar. Una gran base de tanques soviéticos bloqueaba el acceso a la zona prohibida, que los militares rusos utilizaron como centro para prácticas de artillería y para maniobras de sus carros de combate.

Los mongoles no hicieron grandes avances tecnológicos, no crearon ninguna nueva religión, escribieron pocos libros y no dieron al mundo nuevos cultivos ni innovadores sistemas de agricultura. Sus propios artesanos no sabían tejer telas, fundir metales, trabajar la cerámica; ni siquiera hacer pan. No fabricaron objetos ni de porcelana ni de barro, no pintaron nada y tampoco construyeron edificación alguna. Sin embargo, a medida que su ejército iba conquistando una cultura tras otra, recogieron y transmitieron todos esos conocimientos de una civilización a la siguiente.

Los puentes fueron las únicas estructuras permanentes que construyó Genghis Khan. Aunque nunca quiso erigir castillos, fortalezas, ciudades o murallas, a medida que fue avanzando probablemente construyó más viaductos que cualquier otro gobernante de la historia. Tendió puentes sobre centenares de torrentes y ríos para facilitar y acelerar el movimiento de sus tropas y equipos. Deliberadamente, los mongoles abrieron el mundo a una nueva forma de comercio que no era sólo de artículos, sino también de ideas y conocimientos. Llevaron mineros alemanes a China y médicos chinos a Persia; introdujeron desde lo más monumental hasta lo más trivial. Extendieron la utilización de alfombras allí por donde fueron y trasplantaron limones y zanahorias procedentes de Persia a China, al igual que hicieron llegar a Occidente los fideos, los naipes y el té de China. Trasladaron a un metalista parisino hasta las áridas estepas de Mongolia para que construyera allí una fuente, reclutaron en las filas de su ejército a un noble inglés para que actuara como intérprete e introdujeron en Persia la práctica china de la impresión de huellas digitales. Financiaron la construcción de iglesias cristianas en China, de templos y estupas budistas en Persia, y de escuelas del Corán musulmanas en Rusia. Los mongoles irrumpieron en el mundo como conquistadores, pero también como auténticos portadores culturales de civilización.

Los mongoles que heredaron el imperio de Genghis Khan impulsaron con ahínco la movilización de productos y bienes de consumo por todo el mundo y la combinación de los mismos, dando así lugar a otros artículos totalmente nuevos y a invenciones sin precedentes. Cuando sus expertos ingenieros de China, Persia y Europa combinaron la pólvora china con los

lanzallamas musulmanes, y aplicaron la tecnología de fundición de campanas europea, produjeron el cañón, un tipo de innovación tecnológica totalmente nuevo, del que saldría el vasto arsenal moderno de armas, desde las pistolas hasta los misiles. Si bien todos los artículos tuvieron su importancia, el impacto mayor fue el modo en que los mongoles supieron seleccionar y combinar las distintas tecnologías para crear híbridos insólitos.

Los mongoles demostraron un persistente celo internacionalista en su empeño político, económico e intelectual. No sólo pretendían conquistar el mundo, sino que además su intención era instituir un orden global basado en el libre comercio, en un derecho internacional único y en un alfabeto universal con el que escribir todas las lenguas. El nieto de Genghis Khan, Kublai Khan, introdujo un papel moneda concebido para ser utilizado por todo el mundo, e intentó establecer escuelas primarias en las que se impartiera una educación universal básica a los niños para que la alfabetización se generalizase. Los mongoles refinaron y combinaron calendarios con el fin de crear un calendario que abarcaba diez mil años y que era más exacto que cualquiera de los existentes, y financiaron los mapas más extensos jamás producidos hasta entonces. Animaron a los mercaderes a emprender viajes por tierra para llegar a su imperio y enviaron a numerosos exploradores por tierra y por mar a distintos lugares tan lejanos como África para expandir sus relaciones comerciales y diplomáticas.

En casi todos los países a los que llegaron los mongoles, la destrucción y el impacto iniciales de la conquista por una tribu desconocida y bárbara cedieron paso rápidamente a un avance sin precedentes de la comunicación cultural^[3], dando lugar a la expansión comercial y al desarrollo de la civilización. En Europa los mongoles acabaron con la caballería aristocrática del continente, pero, decepcionados ante la pobreza general de la zona en comparación con China y los países musulmanes, dieron media vuelta y no se preocuparon por conquistar las ciudades, saquear los estados o incorporarlos a su imperio en expansión. Al final Europa fue la región que menos sufrió, aunque disfrutó de todas las ventajas del contacto por medio de mercaderes como la familia Polo de Venecia y de los legados que intercambiaron los kanes mongoles y los papas y reyes de Europa. Las últimas tecnologías, el nuevo saber y la riqueza comercial dieron paso al Renacimiento, en el que Europa volvió a descubrir parte de su vieja cultura y, lo que es más importante, supo absorber de Oriente la tecnología de la imprenta, de las armas de fuego, de la brújula y del ábaco. Como observó el científico inglés Roger Bacon^[4] en el siglo XIII, el éxito de los mongoles no sólo fue debido a su superioridad marcial, sino que más bien «han triunfado por medio de la ciencia». Aunque los mongoles «desean entablar batalla», han llegado tan lejos porque «dedican sus horas de ocio a los principios de

la filosofía».

Según parece, todos los aspectos de la vida europea —la tecnología, la guerra, la vestimenta, el comercio, la alimentación, el arte, la literatura y la música— cambiaron durante el Renacimiento como consecuencia de la influencia de los mongoles. Además de nuevas formas de combate, nuevas máquinas y nuevos alimentos, incluso los aspectos más mundanos de la vida cotidiana fueron cambiando a medida que los europeos adoptaban los tejidos mongoles, sustituían las viejas túnicas y mantos por calzones y casacas, tocaban sus instrumentos musicales con el arco de la estepa en lugar de puntearlos con los dedos y pintaban sus cuadros siguiendo un nuevo estilo. Los europeos adoptaron incluso la exclamación típica de los mongoles, «¡hurra!», un grito entusiasta y bravucón que utilizaban para animarse unos a otros.

Con tantas hazañas de los mongoles, no es de extrañar que Geoffrey Chaucer, el primer autor en lengua inglesa, dedicara su relato más extenso de *Los cuentos de Canterbury* al conquistador asiático, caudillo de los mongoles, escribiendo sobre él y sus gestas en un tono inequívoco de respeto. No obstante, sorprende que los eruditos del Renacimiento llegaran a hacer semejantes comentarios acerca de los mongoles, a los que el resto del mundo veía entonces como la quintaesencia del bárbaro sediento de sangre. El retrato de los mongoles que nos han dejado Chaucer o Bacon no tiene nada que ver con la imagen que conocemos a través de obras posteriores o películas que presentan a Genghis Khan y a sus hombres como una horda salvaje codiciosa de oro y sedienta de sangre y de contacto carnal con mujeres.

Pese a los numerosos cuadros e imágenes de Genghis Khan ejecutados en los años posteriores, no tenemos ningún retrato de él realizado en vida. A diferencia de otros conquistadores de la historia, el gran kan nunca permitió que nadie lo plasmara en un cuadro o en una escultura, o que grabara su nombre o su busto en una moneda, y las únicas descripciones que hicieron de él los hombres de su época resultan más intrigantes que informativas. Como dice una canción moderna de los mongoles que habla de él, «imaginamos tu aspecto, pero nuestra mente estaba en blanco»^[5].

Sin retratos de Genghis Khan y sin documentos mongoles, el mundo fue libre de imaginarlo a su antojo. Nadie se atrevió a plasmarlo en un cuadro hasta medio siglo después de su muerte, y a partir de entonces todas las culturas se dedicaron a proyectar la imagen particular que tenían de él. Los chinos lo representaban como un anciano afable de mirada vacía y con una barba fina, más parecido a un distraído sabio chino que a un fiero guerrero

mongol. Un miniaturista persa lo plasmó como un sultán turco sentado en su trono. Los europeos lo representaban como la quintaesencia del bárbaro, un hombre de aspecto feroz y de mirada fija y cruel, desagradable en todos sus particulares.

El secretismo mongol legó una ardua tarea a los historiadores futuros que deseaban escribir acerca de Genghis y su imperio. Tanto biógrafos como historiadores apenas disponían de material en el que fundamentar su relato. Conocían la cronología de las ciudades conquistadas y de los ejércitos derrotados; pero contaban con poquísima información fiable acerca de los orígenes, la personalidad, las motivaciones y la vida personal del gran kan. A lo largo de los siglos siempre había corrido el rumor de que, poco después de su muerte, la información relativa a todos esos aspectos de su vida había sido recogida por un individuo muy próximo a él en un documento secreto. Eruditos chinos y persas hablaban de la existencia del misterioso expediente, y algunos de ellos afirmaban haberlo visto durante la época de máximo esplendor del Imperio mongol. Aproximadamente al cabo de un siglo de la muerte de Genghis Khan, el historiador persa Rashid al-Din describiría^[6] esa documentación calificándola de «auténtica crónica» escrita «en la lengua y los caracteres del pueblo mongol». Pero advertía que estaba guardada en el tesoro, donde «permanecía oculta y escondida de la vista de los intrusos». El historiador persa hacía hincapié en que «a nadie que pudiera entender e interpretar» el texto mongol «se le daba la oportunidad de acceder a él». Después de la caída del régimen mongol, pareció perderse toda pista del documento secreto, y con el paso del tiempo buena parte de los mejores especialistas llegaron a la conclusión de que esos escritos no habían existido nunca, que eran otro mito más de los muchos relacionados con el conquistador.

Los especialistas, al igual que los pintores de diferentes países, se dejaron llevar por su imaginación y presentaron a Genghis Khan de distintas maneras. Desde Corea hasta Armenia, elaboraron todo tipo de mitos y de historias fantásticas acerca de su vida. Ante la ausencia de información fiable, proyectaron sus propios miedos y fobias en sus relatos. Con el paso de los siglos, los estudiosos consideraron las atrocidades y las agresiones cometidas por personajes como Alejandro, César, Carlomagno o Napoleón en relación a sus hazañas o a la misión especial que la historia les había encomendado. En lo que respecta a Genghis Khan y a los mongoles, sin embargo, sus hazañas fueron olvidadas, mientras que sus supuestos crímenes y actos brutales fueron magnificados. El gran kan se convirtió en el arquetipo del bárbaro, del salvaje sangriento, del conquistador despiadado a quien divertía la destrucción por sí misma. Genghis Khan, sus hordas mongoles y, en gran medida, el pueblo asiático en general se convirtieron en

caricaturas unidimensionales, en el símbolo de todo lo que había más allá de la sociedad civilizada.

En los tiempos de la Ilustración, a mediados del siglo XVIII, esta imagen amenazadora apareció en *El huérfano de China*, de Voltaire, una pieza teatral sobre la conquista de China por parte del mongol: «Es llamado el rey de reyes, el feroz Genghis Khan, el que arrasa los fértiles campos de Asia». A diferencia de Chaucer, que cubre de elogios al gran mongol, Voltaire lo describe como «ese tirano destructor [...] que orgullosamente [...] pone el pie sobre el cuello de los reyes», pero que «es poco más que un salvaje soldado escita criado en el uso de las armas y habituado a comerciar con sangre» (acto I, escena I). Voltaire presenta a Genghis Khan como un hombre resentido por las virtudes superiores de la civilización que lo rodea, motivado por el deseo bárbaro elemental de violar a las mujeres civilizadas y de destruir todo aquello que está al margen de su comprensión.

La tribu de Genghis recibió distintos nombres —*tártara, tátara, mugal, mogol, moal y mongol*— pero fuera cual fuese el apelativo utilizado, llevaba siempre consigo una odiosa maldición. Cuando los científicos del siglo XIX pretendieron demostrar la inferioridad de los pueblos asiáticos y de los indios americanos, les dieron la calificación de *mongoloides*. Cuando los médicos quisieron explicar por qué algunas madres de la raza superior blanca podían tener hijos retrasados, indicaron que los rasgos faciales de esas criaturas dejaban «claro» que una de sus antepasadas había sido violada por un guerrero mongol. Esos niños malhadados no eran en absoluto blancos, sino que todos ellos eran miembros de la raza mongoloide. Cuando los capitalistas acaudalados hacían gala de su riqueza y mostraban unos valores antidemocráticos o poco igualitarios, la gente se reía de ellos calificándolos de mogoles, el nombre persa para mongoles.

Con el tiempo, los mongoles se convirtieron en el chivo expiatorio de los fracasos y deficiencias de otras naciones. Cuando Rusia no pudo ponerse a la altura de los avances tecnológicos de Occidente ni supo hacer frente al poder militar del Japón imperial, lo achacó al terrible Yugo Tártaro al que se había visto sometida por culpa de Genghis Khan. Cuando Persia se vio superada por sus vecinos, fue porque los mongoles habían destruido su sistema de irrigación. Cuando China fue superada por Japón y Europa, la causa fue la cruel explotación y represión a la que sus grandes señores mongoles y manchúes la habían sometido. Cuando la India no pudo resistirse a la colonización británica, fue debido a la codiciosa rapacidad del régimen de los mogoles. En el siglo XX algunos políticos árabes^[7] aseguraron incluso a sus partidarios que los musulmanes habrían podido inventar la bomba atómica antes que los americanos de no haber sido porque los mongoles habían quemado las espléndidas bibliotecas árabes y

habían asolado sus ciudades. Cuando en 2002 las bombas y los misiles estadounidenses echaron a los talibanes del poder en Afganistán, éstos compararon la invasión americana con la de los mongoles, de modo que, en cruel venganza, asesinaron a millares de hazaras, los descendientes del ejército mongol que llevaban ocho siglos viviendo en Afganistán. Al año siguiente, en uno de sus últimos discursos al pueblo iraquí, el dictador Saddam Hussein lanzó unas acusaciones parecidas contra los mongoles cuando los americanos se movilizaron para invadir el país y echarlo del poder.

Entre tantísima retórica política, pseudociencia e imaginación de los especialistas, lo cierto es que Genghis Khan siguió enterrado en su tumba, aparentemente perdido para la posteridad. Su patria y la región donde ascendió al poder permanecieron aisladas del mundo exterior por imposición de los comunistas del siglo xx, que las mantuvieron cerradas con el mismo hermetismo que había caracterizado a los guerreros mongoles de los siglos anteriores. Los documentos originales de Mongolia, la llamada *Historia secreta de los mongoles*, no sólo seguían siendo secretos, sino que habían desaparecido, se habían esfumado en las profundidades de la historia de un modo más misterioso que la propia tumba del conquistador.

En el siglo xx dos hechos brindaron la inesperada oportunidad de resolver algunos misterios y de corregir así parte de la historia de Genghis Khan. El primero fue el descifre de los manuscritos que contenían una importante información sobre el emperador que se había dado por perdida. Pese a los prejuicios e ignorancia que había en torno a los mongoles, a lo largo de los siglos los especialistas habían hablado de ciertos contactos casuales con este enigmático texto mongol. Cual raro animal o pájaro exótico del que se creía que estaba extinto, el rumor de aquellos contactos provocaba más escepticismo que interés por su estudio. Al final, en el siglo xix, se encontró en Pekín una copia del documento escrita en caracteres chinos. Los especialistas podían leer fácilmente esos caracteres, pero las palabras no tenían sentido porque habían sido escritas en un código que utilizaba caracteres chinos para representar sonidos mongoles del siglo xiii. Sólo podían entender un breve resumen en lengua china que acompañaba a cada capítulo; estos sumarios ofrecían interesantes indicios de la historia que se contaba en el texto, pero, por otra parte, el documento seguía siendo indescifrable. A raíz del misterio que lo rodeaba, los especialistas comenzaron a llamarlo la *Historia secreta de los mongoles*, nombre con el que todavía se le conoce.

Durante casi todo el siglo xx, el descifre de la *Historia secreta* siguió siendo una cuestión mortalmente peligrosa en Mongolia. Las autoridades

comunistas mantuvieron el libro fuera del alcance de la gente corriente y de los especialistas por miedo a que pudieran verse influenciados por la perspectiva anticuada, poco científica y no socialista del texto. Pero un movimiento erudito clandestino empezó a crecer en torno al libro. En las vastas estepas de Mongolia, de un campamento a otro, el relato de la historia recientemente descubierta corrió en voz baja entre la población nómada. Por fin tenían una historia que contaba el relato de su pueblo desde una perspectiva mongola. Los mongoles habían sido mucho más que un grupo de bárbaros cuyo único objetivo fue arrasarse las civilizaciones superiores que los rodeaban. A los ojos de los nómadas mongoles, las revelaciones de la *Historia secreta* provenían del mismísimo Genghis Khan, que había regresado con su pueblo para ofrecerles una esperanza y la inspiración. Después de más de siete siglos de silencio podían, finalmente, escuchar de nuevo sus palabras.

A pesar de la represión comunista oficial, el pueblo mongol parecía determinado a no perder esas palabras por segunda vez. Por un momento, la liberación de la vida política a raíz de la muerte de Stalin en 1953 y la admisión de Mongolia en las Naciones Unidas en 1961 animaron al pueblo mongol, que se sintió libre de reexplorar su historia. En 1962 el país preparó una pequeña serie de sellos para conmemorar el ochocientos aniversario del nacimiento de Genghis Khan. Tomor-ochir, la segunda máxima autoridad del gobierno, autorizó la erección de un monumento de cemento emplazado en el lugar que vio nacer a Genghis Khan, junto al río Onon, y sufragó una conferencia de especialistas cuya finalidad era determinar los aspectos positivos y negativos del Imperio mongol en la historia. Los sellos y el sencillo dibujo lineal del monumento representaban la imagen perdida del *sulde* de Genghis Khan, el estandarte del espíritu fabricado con crines de caballo que enarboló en sus conquistas y en el que descansaba su alma.

Sin embargo, después de casi ocho centurias, el *sulde* seguía teniendo un significado tan profundo y emocional para los mongoles y para algunos pueblos que éstos habían conquistado, que los rusos se tomaron aquella mera aparición en unos sellos como un acto de resurgimiento nacionalista y de agresión en potencia. Los soviéticos reaccionaron con una cólera irracional ante el temor de que su estado satélite pudiera emprender el camino hacia la independencia o, lo que parecía aún peor, tomar parte por el otro vecino de Mongolia, China, antigua aliada de Rusia ahora convertida en enemiga. En Mongolia las autoridades comunistas suprimieron los sellos y la conferencia de especialistas. Por su delito de traición al demostrar lo que los funcionarios del partido calificaron de «tendencias encaminadas a la idealización del papel desempeñado por Genghis Khan»¹⁸¹, las autoridades

destituyeron a Tomor-ochir, lo condenaron a un exilio en reclusión y al final acabaron con su vida a golpes de hacha. Tras purgar su propio partido, los comunistas dirigieron su atención al trabajo de los especialistas mongoles, a los que tacharon de *elementos subversivos, espías chinos, saboteadores o insectos nocivos*^[9]. En la campaña antinacionalista que se emprendió a continuación, las autoridades metieron al arqueólogo Perlee en la cárcel, donde permaneció cautivo en unas condiciones extremadamente duras por el simple hecho de haber sido tutor de Tomor-ochir y haber investigado de manera clandestina la historia del Imperio mongol. Maestros, historiadores, artistas, poetas y cantantes corrían todo tipo de peligros si se veían relacionados con la historia de la época de Genghis Khan. Las autoridades ejecutaron a varios de ellos en secreto. Otros perdieron su puesto de trabajo y fueron expulsados de sus hogares junto con sus familias y enviados a las zonas más inhóspitas de Mongolia. También les fue negado cualquier tipo de asistencia médica, y muchos fueron exiliados sin ningún miramiento a otras regiones recónditas del país.

Durante esta purga, el estandarte del espíritu de Genghis Khan desapareció por completo, siendo posiblemente destruido por los soviéticos como castigo al pueblo mongol. Pero a pesar de esa brutal represión, o tal vez debido a ella, un gran número de especialistas mongoles se puso a estudiar por su cuenta la *Historia secreta*, y arriesgaron su vida por intentar comprender el verdadero contenido y alcance de su difamado y distorsionado pasado.

Fuera de Mongolia, diversos especialistas de muchos países, sobre todo rusos, alemanes, franceses y húngaros, se esforzaron por descifrar el texto y traducirlo a las lenguas modernas. Como no podían acceder a las fuentes existentes en Mongolia, se vieron obligados a realizar sus estudios bajo unas condiciones extremadamente difíciles. En los años setenta comenzó la publicación de la *Historia secreta* por capítulos en lengua mongola e inglesa bajo la supervisión y el atento análisis de Igor de Rachewiltz, un especialista australiano dedicado al estudio del mongol antiguo. Por esta misma época otro especialista, el americano Francis Woodman Cleaves, comenzó a preparar por su cuenta una meticulosa traducción de la obra que la Harvard University Press publicó en 1982. Sin embargo, para poder hacer comprensibles aquellos documentos, no bastaba con descifrarlos y traducirlos. Incluso una vez traducidos, los textos seguían siendo difíciles de entender porque obviamente habían sido escritos para un grupo reducido de la familia real mongola, y su comprensión requería un profundo conocimiento no sólo de la cultura de los mongoles del siglo XIII, sino también de la geografía de su país. El contexto histórico y el significado biográfico de los manuscritos continuaban siendo prácticamente una

incógnita si no se podía llevar a cabo un análisis pormenorizado sobre el terreno en el que habían sucedido todos aquellos acontecimientos.

El segundo avance importante tuvo lugar en 1990, con la caída del comunismo y el fin de la ocupación de Mongolia por parte de los soviéticos, que retiraron a sus hombres, sus aviones y sus tanques del país. El mundo mongol del Asia más profunda quedó, por fin, abierto al exterior. De forma gradual unas cuantas personas se aventuraron a entrar en la zona restringida. Los cazadores mongoles comenzaron a merodear furtivamente por los valles rebosantes de animales para darles caza, los pastores fueron con sus rebaños a las tierras de pasto limítrofes, y empezaron a llegar intrépidos aventureros ocasionales. En los años noventa acudieron diversos grupos extranjeros con su sofisticado material tecnológico en busca de las tumbas de Genghis Khan y su familia; aunque hicieron importantes y curiosos hallazgos, no consiguieron materializar su objetivo primordial.

Mis investigaciones empezaron como un estudio del papel de los grupos tribales en la historia del comercio mundial y la Ruta de la Seda que unía a China con Oriente Medio y con Europa. Me desplazé a numerosos yacimientos arqueológicos, visité diversas bibliotecas y acudí a varias reuniones de especialistas a lo largo de la ruta que va desde la Ciudad Prohibida de Pekín hasta el palacio Topkapi de Estambul, pasando por Asia central. Empecé en 1990 con mi primer viaje a Buryatia, el distrito mongol de Siberia, y desde allí seguí la pista de la estela dejada por los mongoles en Rusia, China, Mongolia, Uzbekistán, Kazajstán, Tayikistán, Kirguistán y Turkmenistán. Dediqué todo un verano a estudiar la antigua vía de migración de las tribus turkic durante su expansión desde su patria de origen en Mongolia hasta Bosnia, en el Mediterráneo. A continuación rodeé el viejo imperio por la ruta marítima que siguió aproximadamente Marco Polo, desde el sur de China hasta Vietnam, pasando luego por el estrecho de Malaca a la India, los estados árabes del golfo Pérsico, hasta llegar a Venecia.

Este largo viaje me ofreció muchísimos datos, pero no la percepción que esperaba. Pese a ello, creía que mi investigación estaba prácticamente concluida cuando llegué a Mongolia en 1998 para finalizar el proyecto en el entorno de la región en la que Genghis Khan había pasado su juventud. Lo que yo pensaba que iba a ser una breve excursión final se convirtió en otros cinco años de investigaciones mucho más exhaustivas de lo que habría podido imaginar. Comprobé que los mongoles estaban delirantes de alegría por su libertad tras siglos de dominación extranjera, y que buena parte de su júbilo se centraba en honrar la memoria de su padre fundador, Genghis Khan. A pesar de la rápida comercialización de su nombre en botellas de

vodka, tabletas de chocolate y cigarrillos, además de la divulgación de numerosas canciones en su honor, el personaje histórico seguía estando ausente. No sólo su alma estaba ausente del monasterio, sino que su verdadero rostro seguía también ausente de la historia de su pueblo y de la nuestra. ¿Quién había sido ese hombre?

Ni que decir tiene que lo hice sin saberlo ni proponérmelo, pero lo cierto es que llegué a Mongolia en un momento en el que de repente parecía posible obtener una respuesta para todos esos interrogantes. Por primera vez en casi ocho siglos se abría la zona prohibida en la que Genghis pasó su infancia y fue enterrado, a la vez que se había concluido el descifre del texto codificado de la *Historia secreta*. Ningún especialista era capaz de completar solo aquella ingente tarea, pero en estrecha colaboración con un grupo de expertos en diversas materias, podíamos empezar a encontrar las respuestas que buscábamos.

En mi calidad de antropólogo cultural, trabajé codo con codo con un arqueólogo, el doctor J. Ljagvasuren^[10], que tenía acceso a buena parte de la información reunida por su profesor y mentor, el doctor J. Perlee, el arqueólogo más destacado de la Mongolia del siglo xx. Poco a poco, gracias a Ljagvasuren, fui conociendo a otros investigadores, que se habían pasado años y años trabajando en secreto, y casi siempre en solitario, y nunca habían podido escribir ni publicar los resultados de su labor. El profesor O. Purev, miembro del Partido Comunista, había utilizado su posición como investigador oficial de historia del partido para estudiar las prácticas chamánicas de los mongoles con el fin de utilizarlas a modo de guía para interpretar los enigmas de la *Historia secreta*. El coronel del ejército mongol J. Shagdar aprovechó su destino en Moscú para comparar las estrategias militares y las victorias de Genghis Khan, como aparecen descritas en la *Historia secreta*, con las que figuraban en los archivos militares rusos. Un experto en ciencias políticas mongol, D. Bold-Erdene, analizó las técnicas políticas utilizadas por el gran kan para hacerse con el poder. El estudio más completo y pormenorizado era obra del geógrafo O. Sujbaatar, que recorrió más de un millón de kilómetros a lo largo y ancho de Mongolia en busca de la historia del caudillo mongol.

Nuestro equipo comenzó su colaboración. Comparamos los textos principales y secundarios más importantes de una docena de lenguas con los relatos de la *Historia secreta*. Nos sentamos delante de los mapas y discutimos el significado preciso de diversos documentos y de unos cuantos escritos mucho más antiguos. No nos sorprendió encontrar graves discrepancias y numerosas contradicciones que eran difíciles de reconciliar. Pronto me di cuenta de que Sujbaatar era un individuo que consideraba los textos en su forma más literal, un empírico acérrimo para quien todos los

relatos de la *Historia secreta* eran ciertos, y se había tomado el trabajo de demostrarlo científicamente. Pero para Purev, nada en esa historia debía ser tomado al pie de la letra. A su juicio, Genghis Khan había sido el chamán más poderoso de la historia, y el texto era un manuscrito de los misterios que hablaban, de manera simbólica, de cómo había llegado a esa posición. Si se conseguía descifrarlo, revelaría de nuevo el anteproyecto de un chamán para la conquista y el control del mundo.

Desde el principio de nuestra colaboración, se hizo evidente que no podíamos hacer un análisis exhaustivo de las distintas ideas e interpretaciones sin encontrar los lugares en los que habían ocurrido los hechos. La prueba concluyente de la veracidad de un texto se llevaría a cabo cuando éste estuviera extendido en el suelo del lugar en el que supuestamente habían sucedido los acontecimientos. Un libro puede mentir, pero un lugar, nunca. Un veloz y agotador examen de los lugares principales dio respuesta a algunas cuestiones, pero planteó muchas más. Nos dimos cuenta de que no sólo teníamos que encontrar el lugar exacto, sino también comprender los hechos que ocurrieron en él, de que debíamos estar allí en las condiciones climatológicas correctas. Fuimos repetidas veces a los mismos sitios a lo largo de las distintas estaciones del año. Los emplazamientos que nos interesaban estaban esparcidos a lo largo y ancho de un territorio de miles de kilómetros cuadrados, pero la zona más importante para nuestras investigaciones se encontraba en la misteriosa e inaccesible región que había permanecido cerrada desde la muerte de Genghis Khan. Debido a la vida nómada del caudillo mongol, nuestro propio trabajo se convirtió en un proyecto peripatético, una especie de arqueología de los desplazamientos, no de un simple yacimiento.

Las imágenes por satélite mostraban un paisaje de Mongolia carente de carreteras, pero cruzado por miles de pistas y senderos que iban aparentemente en todas las direcciones a lo largo y ancho de la estepa, a través del Gobi y por las montañas; sin embargo, todos se interrumpían en la frontera con el *IJ Jorig*, la zona restringida. Para entrar en la región natal de Genghis Khan era necesario atravesar la zona tapón que había sido ocupada y fortificada por los soviéticos con el fin de impedir el acceso. Cuando abandonaron Mongolia, los soviéticos dejaron tras ellos un paisaje surrealista de cráteres de artillería llenos de carcasas metálicas de tanques, camiones averiados, aviones desguazados, obuses de artillería desactivados y bombas sin estallar. Un extraño vaho empañaba aquel ambiente oscurecido por la neblina. Curiosos restos de estructuras para Dios sabe qué se elevaban formando retorcidas esculturas metálicas de varios pisos de altura. Edificaciones demolidas, otrora almacenes de secretos aparatos electrónicos, se encontraban ahora vacías en medio de inmóviles dunas de arena empapada de petróleo. El paisaje estaba salpicado de equipos de

viejos programas armamentísticos que habían sido abandonados en medio de la estepa. Misteriosos y oscuros charcos de productos químicos no identificados reflejaban dantescamente la luz del sol. En ellos flotaban restos negruzcos de origen desconocido, y a su alrededor podían verse huesos y cadáveres momificados de animales, pedazos de piel y penachos de plumas. Al otro lado de ese cementerio de horrores del siglo XX se encontraba —en marcado y profundo contraste— la patria, imperturbada y aislada, de Genghis Khan: varios centenares de kilómetros cuadrados de antiguos bosques, montes, ríos y valles, y la estepa.

Entrar en la Zona de Acceso Muy Restringido era mucho más que dar un simple paso atrás en el tiempo; constituía la oportunidad de descubrir el mundo de Genghis Khan prácticamente como el gran caudillo lo había dejado. La región se había conservado como una isla perdida rodeada, a la vez que protegida, por los más terribles horrores tecnológicos del siglo XX. Los árboles caídos, los espesos matorrales y los enormes cantos rodados la hacían en buena medida inaccesible, y en los últimos ocho siglos las demás zonas de la región sólo habían sido testigos del ir y venir de algunas patrullas ocasionales. Esta zona restringida constituye un monumento viviente en honor del emperador mongol; mientras viajábamos por ella, tuvimos la sensación de que en cualquier momento podía aparecer su silueta galopando río arriba o por las estribaciones, rumbo a los lugares que tanto había amado, para levantar una vez más en aquellas tierras su campamento, disparar sus flechas a una gacela fugaz, abrir un agujero en las aguas heladas del río Onon para pescar o arrodillarse y rezar en lo alto del Burján Jaldún, el monte sagrado que seguía protegiéndolo en la muerte, como lo había hecho en vida.

Nuestro equipo de investigación se dirigía al *Ij Jorig* como detectives que inspeccionan el escenario de un crimen recién cometido. Con la *Historia secreta de los mongoles* como guía principal, navegamos por la llanura y observamos minuciosamente el paisaje original formado por diversas colinas y túmulos. En la estepa abierta, lejos de los puntos de referencia geográficos que son las montañas, los ríos y los lagos, tuvimos que dejarnos guiar por los pastores, que estaban acostumbrados a desplazarse a través de las grandes extensiones de pastos con la misma facilidad con que los marineros navegan por las aguas de océanos y mares. Un grupo que cambiaba constantemente, formado por estudiantes, especialistas, pastores locales y jinetes mongoles, nos acompañaba siempre, y entre ellos discutían con sumo interés las respuestas a las preguntas que les formulábamos. Sus criterios y respuestas eran siempre mejores que los míos, y a menudo se planteaban cuestiones que a mí nunca se me habían ocurrido. Sabían cómo pensaban los pastores y, aunque se encontraban en un territorio desconocido, podían identificar con facilidad los sitios en los que sus

antepasados habrían acampado o la dirección que habrían tomado. No tenían ninguna dificultad a la hora de saber si un lugar determinado estaba demasiado plagado de mosquitos para levantar en él un campamento de verano, o quedaba demasiado expuesto a las inclemencias del tiempo para un campamento de invierno. Y lo más importante, deseaban vivamente poner a prueba sus ideas, como, por ejemplo, comprobar lo que tardaba un caballo en galopar de un punto a otro, o cómo retumbaban los cascos del animal en el suelo y la hierba cuando éste se dirigía de un lugar concreto a otro. Sabían cuál debía ser el espesor del hielo para poder cruzar un río helado a lomos de un caballo o a pie, y cuándo se tenía que romper ese hielo y vadear por las frías aguas.

La calidad descriptiva de ciertos topónimos mongoles nos permitió devolverles su significado en lengua mongola y aplicarlos con facilidad al paisaje que nos rodeaba. La *Historia secreta* cuenta que Genghis Khan primero fue jefe de un clan junto al lago Joj, cerca del monte Jara Yirugen, que significa junto al lago Azul, cerca del monte Negro en Forma de Corazón. La identidad de ese lugar se había conservado durante siglos, lo que permitía localizarlo con facilidad. Otros topónimos asociados a su nacimiento, como, por ejemplo, la colina de la Ubre y el lago Bazo, constituían un reto mayor, pues, además de que la forma de las colinas y los lagos puede variar notablemente después de ocho siglos en esta árida zona caracterizada por el carácter erosivo de los vientos que la azotan, no se sabía si su nombre se debía a una característica visual del lugar o a un hecho ocurrido allí.

Poco a poco, con las pruebas que teníamos, fuimos reconstruyendo el relato lo mejor que pudimos. Tras encontrar los lugares de la infancia de Genghis Khan y seguir la pista de los acontecimientos por toda la región, pudimos corregir inmediatamente algunas ideas erróneas relacionadas con su vida. Aunque, por ejemplo, discutimos mucho acerca de la identidad exacta de la colina junto al Onon que lo había visto nacer, era obvio que este río, con sus bosques y sus numerosos pantanos, no tenía nada que ver con la estepa abierta donde vive la mayoría de los nómadas y en la que casi todos los historiadores habían dado por hecho que había crecido el gran kan. Esta distinción ponía de relieve las diferencias existentes entre él y otros nómadas. Inmediatamente quedó claro por qué la *Historia secreta* hablaba con más frecuencia de caza que de pastoreo en la infancia de Genghis. El propio paisaje vinculaba más estrechamente ese período de la vida del emperador a las culturas siberianas, de las que, según la *Historia secreta*, procedían los mongoles, que a las tribus túrquicas de las llanuras abiertas. Por su parte, esta información influenció muchísimo nuestra comprensión de los métodos de Genghis Khan sobre el terreno, y ayudó a explicar por qué trató a los civiles hostiles como a animales de pastoreo, y a los soldados

hostiles como a presas de caza.

A lo largo de cinco años, nuestro equipo volvió a aquellos parajes en repetidas ocasiones bajo condiciones y situaciones muy diversas. La temperatura podía variar en más de 45 °C (desde los casi cuarenta grados hasta los diez bajo cero en ciertas zonas inhóspitas, por no hablar de los bruscos y gélidos vientos de la estepa de Jorjonag en enero de 2001). Conocimos los contratiempos y las ventajas que ofrece un viaje por esa región. Nuestros vehículos quedaron atrapados por la nieve en invierno, en el barro en primavera y en la arena en verano; incluso perdimos uno durante una riada. En diversas ocasiones nuestros campamentos fueron destruidos por el viento y la nieve, o por desmadradas juergas étlicas. En los últimos veranos del siglo XX disfrutamos de las maravillas que suponen la leche y la carne en abundancia; pero en los primeros años del XXI, también conocimos unas de las peores temporadas de hambruna para los animales, la llamada *zud*, en la que caballos y yaks caían literalmente muertos a nuestro alrededor y animales de todos los tamaños morían congelados durante la noche.

Sin embargo, nunca hubo un momento de duda o de peligro en nuestro trabajo. Comparadas con las dificultades de la vida cotidiana de los pastores y cazadores que viven permanentemente en esas regiones, nuestras experiencias eran pequeños sinsabores. Un episodio no programado que comenzaba como un inconveniente acababa siempre enseñándome algo nuevo acerca de aquella tierra y sus gentes. De mi viaje de ochenta kilómetros a caballo en una sola jornada, aprendí que los cuatro metros y medio de seda que se atan firmemente alrededor del diafragma ayudan a que los órganos se mantengan en su sitio y a evitar la sensación de náusea. También aprendí la importancia de llevar siempre yogur seco en el bolsillo durante esos desplazamientos tan largos, en los que no hay tiempo para detenerse ni para preparar algo de comida, y conocí la practicidad de las gruesas casacas mongolas, las *deel*, cuando se cabalga con sillas de montar de madera. Un encuentro con un lobo cerca del Burján Jaldún, el monte sagrado, constituyó, a los ojos de nuestros compañeros, toda una bendición en vez de una amenaza; y los innumerables episodios en los que nos extraviábamos o perdimos el control, supusieron una nueva lección acerca de la orientación, los desplazamientos y la paciencia de verse obligado a esperar a que alguien acudiera en nuestra ayuda. Una y otra vez, las distintas vivencias me enseñaban cuán íntimamente los mongoles conocían su propio mundo y con qué seguridad podía depositar toda mi confianza en su sagaz criterio, en sus capacidades físicas y en su generosa amabilidad. El presente libro expone lo más destacado de nuestros descubrimientos, sin explicar de nuevo los detalles relativos a las condiciones climatológicas, los problemas de comida, los parásitos y las enfermedades que tuvimos que afrontar, ni las peculiaridades del carácter de los investigadores y la gente

que encontramos en nuestro camino. Se centra en la misión de nuestro trabajo: comprender a Genghis Khan y el impacto que supuso en la historia universal.

La primera parte de este libro cuenta la historia de cómo Genghis Khan se hizo con el poder en la estepa y cuáles fueron las fuerzas que conformaron su vida y su personalidad desde el momento de su nacimiento en 1162 hasta la unificación de todas las tribus y el establecimiento de la nación mongola en 1206. La segunda parte habla de la aparición de los mongoles en el escenario de la historia a través de la guerra mundial mongola, que duró cinco décadas (desde 1211 hasta 1261), y de las guerras que enfrentaron a los nietos del gran kan. La tercera parte analiza el siglo de paz y el despertar global que pusieron los cimientos de las instituciones políticas, comerciales y militares de nuestra sociedad moderna.



PARTE I
El reinado del terror de las estepas
1162-1206

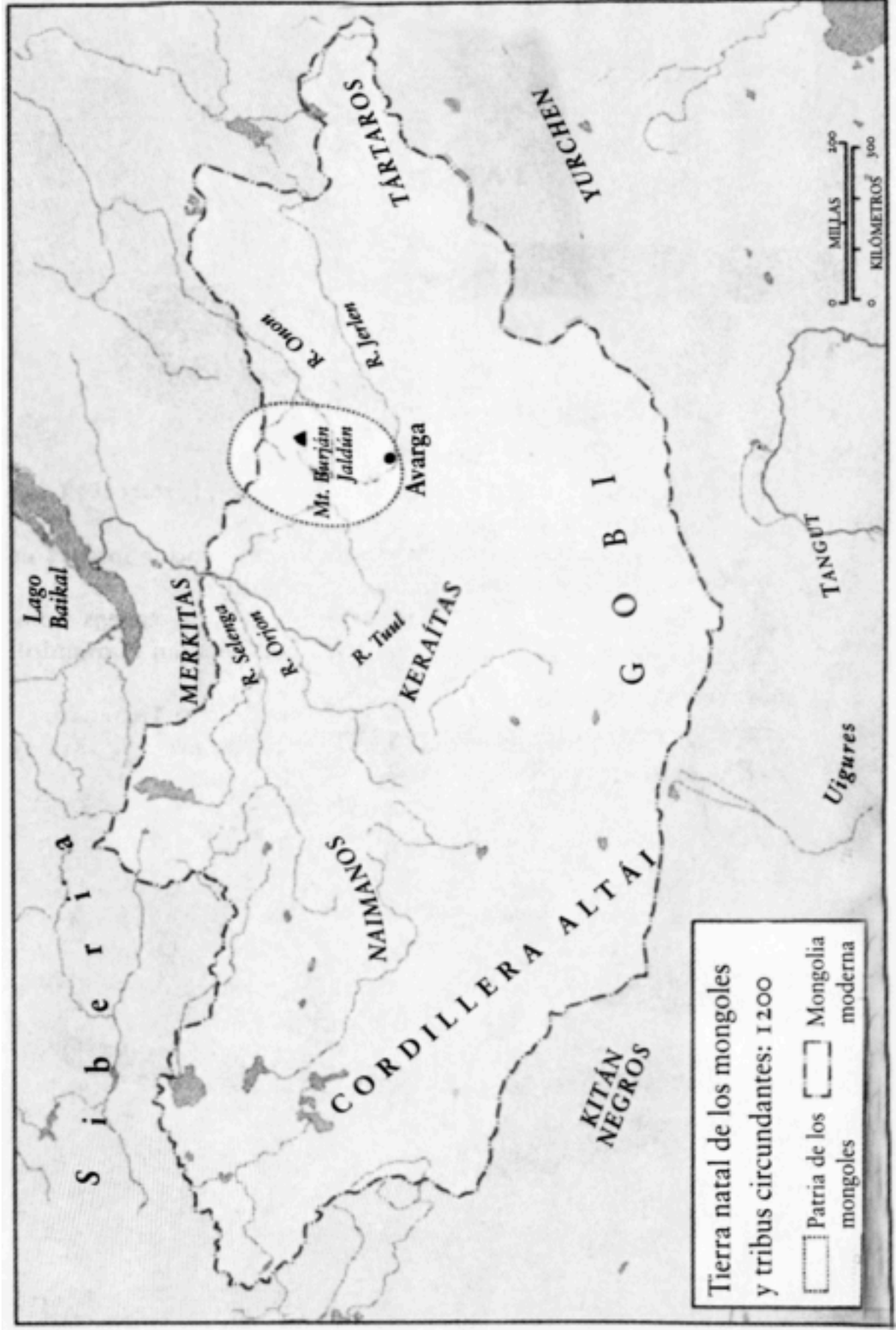
¡Naciones! ¿Qué son las naciones?
¡Tártaros! ¡Y hunos! ¡Y chinos!

Pululan como insectos. El
historiador intenta en vano que no se

pierda su recuerdo.

Es por falta de un hombre que hay
tantos hombres. Son los individuos
los que pueblan el mundo^[11].

Henry David Thoreau,
artículo periodístico de fecha 1 de
mayo de 1851



Hay fuego en sus ojos y luz en su rostro^[12]

La historia secreta de los mongoles

De las miles de ciudades conquistadas por los mongoles, la historia sólo cita una en la que Genghis Khan se dignó a entrar. Normalmente, cuando la victoria ya estaba asegurada, el conquistador se retiraba con su séquito a un campamento alejado y más cómodo, mientras sus guerreros terminaban su cometido. Un día del mes de marzo de 1220, el año del Dragón, el conquistador mongol rompió su peculiar tradición y entró al frente de su caballería en la recién capturada Bujará, una de las ciudades más importantes del sultán de Jorezm, en la actual Uzbekistán. Aunque no era la capital ni el centro comercial más importante, Bujará ocupaba un lugar destacado en el corazón de los musulmanes: era la Noble Bujará, un centro de piedad religiosa conocido como «el ornamento y la delicia de todo el islam». Sabiendo perfectamente el valor propagandístico de sus acciones, al conquistar la ciudad, Genghis Khan cruzó triunfalmente las puertas de Bujará y, tras pasar el barrio populoso de casas de madera y puestos de vendedores, llegó al gran complejo de edificios de piedra y ladrillo situado en el centro de la ciudad.

Su entrada en Bujará ponía punto

final al que probablemente constituya el ataque sorpresa más audaz de la historia militar. Mientras que una parte de su ejército se dirigía directa y frontalmente desde Mongolia a atacar las ciudades fronterizas del sultán, Genghis Khan había trasladado en secreto una división de guerreros, recorriendo la mayor extensión de territorio jamás cubierta por un ejército —más de tres mil kilómetros de desierto, montañas y estepa—, para hacer su aparición por sorpresa detrás de las líneas enemigas. Incluso las caravanas comerciales preferían desviarse cientos de kilómetros para evitar el Kizilkum, el mítico Desierto Rojo; y este hecho, por supuesto, fue precisamente la razón de que el caudillo mongol decidiera atacar desde esa dirección. Tras hacerse amigo de los nómadas de la región, consiguió conducir a sus soldados por los caminos, hasta entonces desconocidos, de las montañas y el desierto de arena.

El objetivo de Genghis Khan, la ciudad de Bujará, se encontraba en el centro de un fértil oasis a caballo sobre uno de los afluentes del Amu Daría, habitado mayoritariamente por persas y grupos tayikos, pero gobernado por tribus de etnia túrquica en el recién creado imperio de Jorezm, uno de los numerosos imperios temporales de la época. El sultán de Jorezm se había granjeado, a raíz de un error de fatales consecuencias, la enemistad de Genghis Khan tras asaltar una caravana comercial mongola y desfigurar los rostros de los

embajadores mongoles que habían sido enviados para negociar un tratado de comercio pacífico. A pesar de sus casi sesenta años, cuando Genghis se enteró del ataque que habían sufrido sus hombres, no dudó en reunir en las montañas una vez más a su disciplinado y experto ejército y dirigirlo por el camino de la guerra.

A diferencia de prácticamente todos los grandes ejércitos de la historia, los mongoles viajaban ligeros de equipaje, sin un convoy de provisiones. Como esperaron a los meses más fríos para atravesar el desierto, hombres y caballos necesitaron menos agua. En esa estación también se formaba el rocío, lo cual favorecía el crecimiento de hierba que servía de pasto para los caballos y atraía hasta allí a animales que los hombres cazaban con impaciencia para su propio sustento. En lugar de transportar grandes máquinas de asedio que avanzaban con lentitud y pesados pertrechos, los mongoles llevaban consigo a un cuerpo de ingenieros que no retrasaba la marcha y podía construir sobre el terreno lo que fuera necesario con los materiales disponibles. Cuando, tras cruzar el vasto desierto, los mongoles llegaron a la primera zona arbolada, talaron los árboles y los convirtieron en escaleras, máquinas de asedio y otros instrumentos necesarios para emprender el ataque.

Cuando la avanzadilla del ejército mongol divisó el primer asentamiento una vez atravesado el desierto, el veloz destacamento militar cambió inmediatamente el ritmo de la marcha

y empezó a caminar en lenta y pesada procesión, como si se tratara de un grupo de mercaderes que llegaba para comerciar, en vez de avanzar con la velocidad de unos guerreros dispuestos a atacar. El ejército hostil se plantó en las puertas de la ciudad antes de que sus moradores pudieran darse cuenta de quién llegaba y dieran la alarma.

Tras aparecer inesperadamente desde el desierto, Genghis Khan no emprendió de inmediato el asalto de Bujará. Sabía que no podían llegar refuerzos de las ciudades colindantes sometidas al ataque de sus hombres, y por lo tanto tenía tiempo para jugar con el efecto sorpresa en lo que sería una atormentadora manipulación del miedo y las esperanzas de la población. El objetivo de esta táctica era claro y siempre el mismo: atemorizar al enemigo para que se rindiera antes de emprender una verdadera batalla campal. Tras capturar varias ciudades pequeñas de las inmediaciones, el ejército mongol hizo que buena parte de sus habitantes emprendiera la huida hacia Bujará para buscar refugio, y llenara la ciudad haciendo cundir el pánico. Arremetiendo con fuerza tras las líneas enemigas, los mongoles difundieron el miedo y el pavor por todo el reino. Como cuenta el cronista persa Ata-Malik Yuwaini al describir el avance mongol, cuando las gentes vieron todos los campos que las rodeaban «atestados de jinetes y un aire negro como el tizón debido al polvo que levantaban los caballos, el terror y el pánico hizo presa en ellas,

y un sentimiento de miedo y horror las invadió»^[13]. Al preparar el ataque psicológico sobre una ciudad, Genghis Khan empezaba con dos muestras de lo que aguardaba a la población. Ofrecía unos términos de rendición muy generosos a las comunidades periféricas, y las que los aceptaban y se unían a los mongoles eran tratadas con mucha indulgencia. En palabras del citado cronista persa, «las que optan por rendirse y someterse, se salvan y no son víctimas del terror y el infortunio de la severidad de los mongoles». Las que los rechazaban eran objeto de un trato extremadamente duro, pues en el siguiente ataque los mongoles colocaban a los prisioneros delante de sus filas para que sirvieran de carne de cañón.

Esas tácticas aterrorizaron a los defensores túrquicos de Bujará. Dejando tan sólo una guarnición de unos quinientos hombres al frente de la plaza fuerte, los restantes veinte mil soldados del ejército de Bujará huyeron antes de que llegara el grueso de las tropas mongolas, cuando pensaban que todavía estaban a tiempo de salvar la vida. Pero al abandonar la fortaleza y dispersarse en su huida, cayeron en la trampa de Genghis Khan, y los guerreros mongoles, que ya estaban a su acecho, fueron acabando con ellos prácticamente uno a uno.

La población civil de Bujará se rindió y abrió las puertas de la ciudad, aunque el pequeño contingente de esforzados soldados se quedó en la

ciudadela, donde esperaban que las imponentes murallas les permitieran resistir indefinidamente cualquier asedio. Con el fin de asegurar concienzudamente la situación general a su favor, Genghis Khan tomó una decisión sin precedentes: entrar él mismo en la ciudad. Uno de sus primeros actos al llegar al centro de Bujará, o al aceptar la rendición de sus gentes, consistía en exigir la entrega de forraje para sus caballos. El hecho de dar de comer a los guerreros mongoles y a sus caballos era considerado un gesto de sumisión del conquistado; y lo que era más importante, al recibir alimentos y forraje, Genghis Khan indicaba que aceptaba a los conquistados como vasallos que quedaban bajo la protección de los mongoles, así como sometidos a sus órdenes.

De la época de sus conquistas en Asia central ha llegado a nuestros días una de las pocas descripciones escritas de Genghis Khan, que por aquel entonces contaba con sesenta años de edad aproximadamente. El cronista persa Minjah al-Siraj Yuza-yani, cuya predisposición hacia los mongoles no era tan buena como la de su colega Yuwaini, lo describió como «un hombre de elevada estatura, de carácter enérgico y complexión robusta, con pelo escaso y grisáceo, ojos felinos, lleno de vigor, discernimiento, genio e inteligencia fina, atemorizador, un carnicero, justo, resolutivo, un arrollador de enemigos, intrépido, sanguinario y cruel»^[14]. Debido a su extraordinaria

habilidad para destruir ciudades y derrotar a ejércitos muy superiores al suyo propio en número de hombres, el cronista también indicó que Genghis Khan era un «adepto a la magia y al engaño, y algunos diablos eran sus amigos».

Los testigos oculares contaron que, una vez en el centro de Bujará, el caudillo mongol subió a lomos de su caballo hasta la gran mezquita y preguntó si, como se trataba de la construcción más imponente de la ciudad, era la residencia del sultán. Cuando le dijeron que era la casa de Dios, no la del sultán, se quedó callado. Para los mongoles el único Dios era el Cielo Azul Eterno que se extendía de un horizonte a otro en las cuatro direcciones. Dios presidía toda la tierra; no podía ser encerrado en una casa de piedra como si fuera un prisionero o un animal enjaulado, ni tampoco sus palabras podían ser capturadas y quedar confinadas entre las páginas de un libro, como afirmaba la población de la ciudad. Genghis Khan, por experiencia propia, había percibido a menudo la presencia de Dios y había oído la voz del Creador que le hablaba directamente bajo el inmenso cielo de las montañas de su patria, y siguiendo sus palabras se había convertido en el conquistador de importantes ciudades y grandes naciones.

El conquistador desmontó de su caballo para entrar en la gran mezquita, el único edificio de ese tipo que pisó en su vida. Tras acceder a su interior, ordenó que los sabios y los clérigos dieran de comer a sus

caballos, liberándolos de cualquier peligro y poniéndolos bajo su protección, como hiciera con prácticamente todo el personal religioso de los territorios conquistados. A continuación, convocó en la mezquita a los doscientos ochenta hombres más ricos de la ciudad. Pese a su experiencia limitada dentro de los muros de una ciudad, Genghis Khan era muy perspicaz y conocía el funcionamiento de las emociones y los sentimientos humanos. En presencia de los hombres que había mandado reunir en la mezquita, subió unos cuantos peldaños de la escalera del púlpito y desde allí se volvió para mirar a la élite de Bujará. Con la ayuda de unos intérpretes, explicó implacablemente los pecados y fechorías que habían cometido el sultán y ellos mismos. Esos fracasos no debían ser imputados a la gente corriente; bien al contrario, «han sido los grandes entre vosotros los que han cometido esos pecados. De no haberlos cometido, Dios no habría enviado un castigo como yo sobre vosotros». Luego puso a cada uno de aquellos acaudalados hombres bajo el control de uno de sus guerreros mongoles para que lo acompañara a buscar sus tesoros, no sin antes advertir a los ricos prisioneros que no se molestaran en mostrarles las riquezas que tenían a la vista: los mongoles podían encontrarlas sin recibir ningún tipo de ayuda. Quería que únicamente guiaran a sus soldados hasta los lugares en los que ocultaban o tenían enterrados sus

tesoros.

Una vez iniciado el saqueo sistemático de la ciudad, Genghis Khan se concentró en atacar a los guerreros túrquicos que, desafiantes, seguían encerrados en la ciudadela de Bujará. Aunque no estaban familiarizados con los mongoles en particular, los habitantes de los oasis urbanizados de las ciudades de Asia central, como Bujará y Samarcanda, habían visto a muchos ejércitos bárbaros ir y venir en el transcurso de los siglos. Los anteriores ejércitos tribales, por muy disciplinados y bravos que fueran, nunca supusieron una grave amenaza porque, siempre y cuando dispusieran de alimentos y agua, los ejércitos urbanos eran capaces de resistir indefinidamente tras las macizas murallas de sus fortalezas. Desde casi todo punto de vista, los mongoles no podían compararse con los soldados profesionales bien adiestrados de Bujará. Aunque en general disponían de arcos excelentes, cada guerrero mongol era responsable de fabricarse o conseguir su propio arco, y su destreza en ese sentido variaba. Análogamente, el ejército mongol estaba compuesto por todos los hombres de la tribu, los cuales dependían del vigor de los animales que criaban para realizar un buen adiestramiento; y si bien eran individuos duros, disciplinados y dedicados a su trabajo, carecían de la selección y el adiestramiento profesionalizado de los defensores de Bujará. El factor que más favorecía a los soldados refugiados tras las

descomunales murallas de piedra de la ciudadela era que ningún ejército tribal había conseguido dominar la compleja tecnología de la guerra de asedio, pero ahora Genghis Khan tenía algo que enseñarles.

El ataque fue concebido como una muestra de fuerza arrolladora en la que los espectadores no iban a ser los habitantes ya conquistados de Bujará, sino el ejército, todavía lejano, y la población de Samarcanda, la siguiente ciudad en su avance. Los invasores mongoles arrastraron hasta allí sus nuevas máquinas de asedio: catapultas, trabuquetes y mandrones que no sólo lanzaban piedras y fuego, como habían hecho durante siglos las máquinas de asedio, sino también calderas de líquidos inflamables, explosivos y materiales incendiarios. Maniobraban enormes ballestas montadas sobre ruedas, y nutridos grupos de hombres empujaban torres portátiles con escaleras plegables desde las que podían disparar a los defensores de la fortaleza. Al mismo tiempo que atacaban por el aire, grupos de mineros se dedicaban a excavar zepas para socavar las murallas. Durante ese pavoroso despliegue de destreza tecnológica aérea, terrestre y subterránea, Genghis Khan intensificó la tensión psicológica obligando a los prisioneros, en algunos casos camaradas de los hombres que seguían en la ciudadela, a avanzar y precipitarse en el foso hasta llenarlo para convertirse en terraplenes vivientes sobre los que los demás prisioneros empujaban las máquinas

bélicas.

Los mongoles idearon y utilizaron armas de las distintas culturas con las que entraron en contacto, y a través de este cúmulo de conocimientos crearon un arsenal global susceptible de ser adaptado a las diversas situaciones a las que debían enfrentarse. En lo referente a las armas de fuego y a los explosivos, los mongoles experimentaron con formas primitivas de armamento que posteriormente darían lugar a los morteros y a los cañones. En el relato de Yuwaini percibimos la confusión de los testimonios a la hora de contar lo que sucedió exactamente a su alrededor. El cronista persa describe el asalto mongol como «un horno candente alimentado por leña dura introducida en lo más hondo, mientras que de la barriga del horno chispean los disparos al aire»^[15]. El ejército mongol combinaba la fiereza y la celeridad tradicionales del guerrero estepario con la elevada sofisticación tecnológica propia de la civilización china. Genghis Khan utilizó a su veloz caballería, perfectamente adiestrada, contra la infantería del enemigo sobre el terreno, al mismo tiempo que socavó la capacidad de protección de las murallas de la fortaleza con su nueva tecnología de bombardeo, empleando potencia de fuego y máquinas de destrucción sin precedentes para penetrar en la fortaleza y aterrorizar a sus defensores. Con aquella lluvia de fuego mortal cayendo sobre los hombres de la ciudadela, los soldados

del sultán, en palabras de Yuwaini, no tardaron en «ahogarse en un mar de aniquilación».

Genghis Khan sabía que la guerra no era un certamen deportivo o una simple pelea entre rivales; era la dedicación absoluta de un pueblo contra otro. El triunfo no lo obtenía el que jugaba siguiendo las reglas, sino el que las establecía y las imponía a su enemigo. La victoria no podía ser parcial. Debía ser completa, total e innegable; de otro modo, no era nada. En el combate, esto implicaba el uso indiscriminado del terror y la sorpresa. En la paz, significaba la firme adhesión a unos cuantos principios básicos, pero inquebrantables, que provocaban la lealtad de la gente corriente. El que se opusiera encontraría la muerte; el que fuera leal, la seguridad.

El ataque contra Bujará fue considerado un éxito, no sólo por la rendición de sus habitantes, sino porque cuando se tuvo noticia en Samarcanda de la campaña mongola, el ejército de esta ciudad también se rindió. El sultán abandonó su reino, y el monstruo mongol siguió su avance. Genghis Khan en persona capitaneó a buena parte de su ejército a través de las montañas de Afganistán hasta el río Indo, mientras otro destacamento bordeaba el mar Caspio, cruzaba el Cáucaso y llegaba a las llanuras de Rusia. Durante exactamente setecientos años, desde aquel día de 1220 hasta 1920, cuando llegaron los soviéticos, los descendientes de Genghis Khan gobernaron como kanes y emires en la ciudad de Bujará,

en lo que constituiría una de las dinastías familiares más largas de la historia.

La habilidad del gran kan para manipular la tecnología y los pueblos era fruto de la experiencia y el conocimiento de más de cuatro décadas de guerras prácticamente constantes. Su genio para las actividades bélicas, su capacidad para inspirar la lealtad de sus seguidores o su insólita destreza organizativa a escala global no los adquirió de forma repentina en un momento determinado de su vida, por trascendental que fuera. Todas esas cualidades no eran fruto de una iluminación epifánica ni de una instrucción formal, sino que eran consecuencia de un ciclo persistente de aprendizaje pragmático, adaptación experimental y revisión constante impulsado por su extraordinariamente disciplinada cabeza y su tenaz voluntad. Su carrera bélica había empezado mucho antes de que hubieran nacido los guerreros que combatían en su nombre en Bujará, y en todas las batallas aprendió algo nuevo. En todas las escaramuzas se hacía con nuevos seguidores y aprendía nuevas técnicas de combate. En todos los enfrentamientos supo combinar las nuevas ideas con una serie de tácticas militares, estrategias y armas en constante evolución. Nunca entabló dos veces la misma batalla.

La historia del muchacho que estaba destinado a convertirse en el conquistador más grande del mundo

tuvo su inicio seis décadas antes de que los mongoles conquistaran Bujará, en uno de los lugares más recónditos de Eurasia, junto a la frontera de la Mongolia moderna con Siberia. Según cuenta la leyenda, el pueblo mongol se había originado en las montañas boscosas, cuando el Lobo Gris-Azul se unió a la Hermosa Cierva Roja en las orillas de un gran lago. Como los mongoles cerraron permanentemente esa patria a los extraños cuando murió Genghis Khan, no tenemos ninguna descripción histórica de ella. Los nombres de sus ríos y sus montañas no aparecen en la literatura histórica, e incluso los mapas modernos ofrecen diversos topónimos conflictivos escritos de distintas formas.

Ese territorio de los clanes mongoles ocupaba únicamente una pequeña parte del noreste del país hoy conocido como Mongolia. En la actualidad buena parte de esta nación se extiende a través de una elevada meseta en el norte de Asia central, lejos del alcance de los vientos húmedos del océano Pacífico que empapan las exuberantes llanuras costeras de las civilizaciones agrícolas asiáticas. Por el contrario, los vientos que soplan en la meseta de Mongolia proceden en su mayoría del Ártico, del noroeste. Esos vientos dejan la poca humedad que llevan en las montañas septentrionales, quedando la zona meridional del país seca; un territorio conocido con el nombre de *govi*, el llamado desierto de Gobi por los extranjeros. Entre el árido Gobi y las montañas moderadamente

húmedas del norte se extienden vastas franjas de estepa que se vuelven verdes en verano si llegan las lluvias. Es a esas estepas donde se trasladan los pastores en la estación estival en busca de pastos.

Aunque sólo se eleva unos tres mil metros por encima del nivel del mar, la cordillera de Jentii, en Mongolia, consta de algunas de las montañas más antiguas del planeta. A diferencia de las dentadas y jóvenes cimas del Himalaya, accesibles sólo con equipamiento de escalador, los antiguos montes Jentii han sufrido la erosión de millones de años, de modo que, con sólo un grado moderado de dificultad, un jinete y su caballo pueden coronar sus cumbres en verano, con la excepción de unos pocos picos. Los pantanos salpican sus laderas, y en el largo invierno se hielan formando una masa sólida. Las muescas más profundas de las laderas recogen nieve y agua que se hielan formando lo que parecen glaciares en invierno, pero en la corta estación estival se convierten en hermosos lagos de color azul cobalto. En primavera, con el deshielo, los lagos se desbordan, y el agua baja de las montañas y crea una serie de ríos y riachuelos que corren por la estepa, haciendo que en el mejor de los veranos reluzca de hierba verde como la esmeralda, aunque en la peor de las épocas adquiere ésta un color marrón chamuscado que puede no cambiar durante varios años consecutivos.

Los ríos que nacen de las montañas Jentii son pequeños y permanecen helados durante buena

parte del año, incluso en mayo, cuando el hielo tiene generalmente suficiente espesor para aguantar el paso de un grupo de jinetes y a veces incluso el de un *jeep* con carga. Las largas y anchas franjas de estepa que se extienden entre esos pequeños ríos fueron el camino que tomaron los mongoles para dirigirse a las distintas regiones de Eurasia. Algunos ramales de esos caminos de pastos llegan hasta Europa oriental, a Hungría y Bulgaria. Por el este alcanzan Manchuria, y habrían acariciado el océano Pacífico de no haberse visto interrumpidos por la estrecha cordillera costera que separa la península de Corea. Al sur, en el límite meridional del Gobi, vuelven a aparecer y se unen al corazón del continente asiático, extendiéndose hasta las grandes llanuras de tierra de cultivo que cruza el río Amarillo.

A pesar de las suaves ondulaciones del paisaje, las condiciones climáticas pueden llegar a ser muy duras y cambian bruscamente. Es una tierra de grandes extremos, en la que el hombre y sus animales deben afrontar los desafíos constantes que impone la climatología. Los mongoles dicen que en los Jentii pueden experimentarse las cuatro estaciones del año en un solo día. Incluso en mayo un caballo puede hundirse en bancos de nieve tan profundos que apenas le permitan asomar la cabeza.

Allí, en las tierras que recorre el río Onon, nació el niño destinado a convertirse en Genghis Khan. En contraste con la belleza natural de

aquel entorno, la historia de sus habitantes ya era de lucha constante y penalidades mucho antes de que él naciera en la primavera de 1162, el año del Caballo según el calendario asiático. En lo alto de un cerro aislado y pelado desde el que se veía a lo lejos el río Onon, Hoelun, una joven que había sido secuestrada, se esforzaba en alumbrar a una criatura, su primer hijo. Rodeada de extraños, la muchacha daba a luz apartada de la familia en la que se había criado y lejos del mundo que conocía. Aquel lugar no era su casa, y el hombre que ahora la reclamaba como esposa no era aquel con el que se había casado.

Apenas unos meses antes el destino de Hoelun parecía muy distinto. Estaba casada con otro guerrero, Chiledu, de la tribu de los merkitas, que había viajado a las estepas orientales para buscar esposa entre los oljunuud, una tribu famosa por la belleza de sus mujeres. Según la tradición de la estepa, habría entregado diversos regalos a los padres de la muchacha y habría trabajado para ellos, tal vez durante varios años, antes de regresar junto a su tribu llevándose a la joven como esposa. Una vez celebrados los esponsales, los recién casados emprendieron el largo y duro camino que habría de llevarlos de vuelta a la patria del marido. Según la *Historia secreta*, la muchacha realizó el viaje subida en un pequeño carro negro tirado por un buey o un yak, mientras el orgulloso esposo cabalgaba a su lado montado a lomos de su caballo pardo. Probablemente Hoelun no

habría cumplido todavía los dieciséis.

Viajaron con facilidad por la estepa, siguiendo el curso del río Onon, y luego se prepararon para adentrarse en los montes de la cordillera que los separaba de la tierra de los merkitas. Sólo les quedaban unos pocos días de duro viaje a través de los aislados valles de las montañas para llegar a los fértiles pastos en los que pacían los rebaños de los merkitas. La joven esposa iba sentada delante de su pequeño carromato negro, sin advertir la presencia de unos jinetes que estaban a punto de abalanzarse sobre ella, un asalto violento que no sólo cambiaría su vida para siempre, sino que también alteraría el curso de la historia del mundo.

Un jinete solitario que estaba de caza con su halcón vio a Hoelun y Chiledu desde su escondite en lo alto de una colina cercana. Hoelun y su carromato parecían una presa mucho mejor que la que podía capturar con su ave rapaz.

Sin dejar que los recién casados advirtieran su presencia, el cazador cabalgó de vuelta a su campamento para ir al encuentro de sus dos hermanos. Demasiado pobre para permitirse los regalos necesarios para casarse con una joven como Hoelun, y tal vez poco proclive a cumplir con el servicio a los padres de la muchacha que demandaba la boda tradicional, el cazador optó por el segundo método más común para conseguir una esposa en las estepas: el secuestro. Los tres hermanos salieron rápidamente a la caza de la

infeliz presa. Cuando iban a abalanzarse sobre la pareja, Chiledu se lanzó inmediatamente al galope para alejarlos del carro, y, como pretendía, los asaltantes fueron tras él. Intentó en vano perderlos dando una vuelta alrededor de los pies de la montaña para regresar con su esposa, pero incluso entonces Hoelun supo que su esposo no había conseguido engañarlos, no en su propio territorio, y que los asaltantes no tardarían en regresar. Aunque sólo era una adolescente, decidió que para dar a su esposo una oportunidad de conservar la vida, lo mejor era quedarse allí y rendirse a sus secuestradores. Si huía con Chiledu a lomos de su caballo, serían capturados y a él lo matarían. Pero si escapaba solo, el joven podía salvar la vida.

La *Historia secreta* cuenta que para convencer a su marido de que cooperara con su plan, Hoelun le dijo: «Si salvas la vida, habrá doncellas para ti en todos los frentes y en todos los carros. Podrás encontrar a otra mujer que se convierta en tu esposa, y podrás llamarla *Hoelun* en mi lugar»^[16]. Entonces la joven se sacó rápidamente la blusa y mandó a su esposo «huir inmediatamente». Le arrojó al rostro la blusa en señal de despedida y dijo: «Llévala contigo para que mi olor pueda acompañarte mientras partes».

El olor ocupa un lugar importante y destacado en la cultura de las estepas. Mientras que los individuos de otras culturas suelen abrazarse o besarse cuando se encuentran o se

despiden, los nómadas de las estepas se huelen uno a otro en un gesto equivalente al beso en la mejilla. El hecho de olerse conlleva profundos significados emocionales a distintos niveles, que varían del simple olerse en familia, como puedan hacer un padre y un hijo, a la forma erótica de olerse propia de unos amantes. El aliento y el olor corporal de cada individuo son considerados parte de su alma. Al arrojarle la blusa a su esposo, Hoelun le ofrecía un recuerdo profundo e intenso del amor que le profesaba.

A partir de aquel día a Hoelun le esperaba una larga y azarosa existencia, pero estaba sin lugar a dudas destinada a no volver a ver a su primer amor. Mientras huía de los secuestradores de su esposa, Chiledu apretaba la blusa contra su rostro, y fueron tantas las veces que giró la cabeza para ver a Hoelun, que sus largas trenzas negras parecían un látigo golpeándole alternativamente en el pecho y en los hombros. Mientras veía cómo su esposo galopaba por el desfiladero para no volver a verlo nunca más, Hoelun dio salida a todos los sentimientos que había en su corazón. Gritó con tanta fuerza que, según cuenta la *Historia secreta*, «hizo que las aguas del río Onon se agitaran» y que «el bosque y el valle se estremecieran».

Su captor, y el hombre destinado a convertirse en su nuevo esposo, era Yesuguei, perteneciente a la pequeña e insignificante banda que un día sería llamada la de los mongoles, pero que por aquel entonces era simplemente

miembro del clan de los boriyin, subordinado a otro más poderoso con el que estaba emparentado, el de los tayichiud. Pero para Hoelun lo más preocupante

no sería el estatus de su captor, sino que éste ya contaba con una esposa o concubina llamada Sochiguel, la madre de su hijo. Hoelun tendría que luchar por su posición en el seno de la familia. Si era afortunada, las dos mujeres vivirían en *gers* independientes, las tiendas abovedadas que se fabricaban con mantas de fieltro anudadas alrededor de una estructura enrejada, pero durante el día habrían permanecido en estrecha proximidad o incluso habrían compartido la misma *ger*.

Hoelun había crecido en las tierras de abundantes pastos desde donde podía contemplarse la lejanía del horizonte en las cuatro direcciones y en las que en verano pastaban y engordaban grandes manadas de caballos y reses y numerosos rebaños de ovejas y cabras. Estaba acostumbrada a la dieta, abundante y rica, de carne y leche que ofrecía la vida en la estepa. En cambio, la pequeña tribu de su nuevo esposo subsistía en el extremo meridional de las tierras de pastoreo, allí donde la estepa acaba y empiezan las montañas boscosas, y los pastos son escasos para nutrir a los grandes rebaños. Ahora se vería obligada a comer los rudos alimentos propios de los cazadores: marmotas, ratas, pájaros, peces y, ocasionalmente, ciervo o antílope. Los mongoles no reivindican que la historia de las

tribus esteparias fuera antigua y gloriosa. Los miembros de esas tribus eran considerados unos carroñeros que competían con los lobos en la caza de pequeñas presas y que, cuando surgía la ocasión, robaban animales y mujeres a los pastores de las estepas. Hoelun iba a ser poco más que un trofeo de caza para ellos.

Según cuentan diversos relatos, el primer hijo de Hoelun nació apretando con fuerza algo misterioso y siniestro entre los dedos de su mano derecha. Con sumo cuidado, aunque nerviosa, la joven madre fue retirando los deditos uno por uno para ver que lo que la criatura sujetaba era un gran coágulo de sangre oscura del tamaño de una taba. Desde algún lugar del cálido seno materno, el niño había agarrado el coágulo de sangre y lo había traído consigo de aquel mundo a éste. ¿Qué podía hacer una muchacha inexperta, analfabeta y terriblemente sola con esa curiosa señal que portaba su hijo en la mano? Al cabo de más de ocho siglos seguimos sin poder responder a la pregunta que ella probablemente se planteara acerca de su hijo. ¿Representaba aquel coágulo una profecía o una maldición? ¿Predecía cosas buenas o algo malo? ¿Debía sentirse satisfecha o tenía que preocuparse? ¿Era una señal de esperanza o de desgracia?

En el siglo XII decenas de tribus y clanes vivían en la estepa de distintas maneras, como es característico de los pueblos nómadas. De todas las tribus

esteparias, los parientes más próximos de los mongoles eran los tártaros y los kitán al este, los manchúes mucho más al este y las tribus túrquicas de Asia central al oeste. Estos tres grupos étnicos compartían un legado cultural y lingüístico común con algunas tribus de Siberia, donde posiblemente todos tuvieron su origen. Situados entre los tártaros y las tribus túrquicas con los que a menudo eran confundidos, a veces los mongoles eran llamados los turcos azules o los tártaros negros. Sus lenguas, de origen altaico (llamadas así por los montes Altái de Mongolia occidental), guardaban cierto parecido con el coreano y el japonés, pero no con el chino ni con las demás lenguas tonales de Asia.

Aunque las tribus túrquicas y los tártaros se habían fundido en diversas confederaciones tribales, los mongoles estaban divididos en numerosas bandas acaudilladas por un jefe, o *kan*, basadas en vagos lazos de parentesco. Los propios mongoles reivindicaban una identidad distinta a la de los grupos tártaros y túrquicos. Decían y dicen ser descendientes directos de los hunos, que en el siglo III fundaron el primer imperio en las altas estepas. *Hun* significa en mongol «ser humano», y llamaban a sus antepasados hunos *Hun-nu*, pueblo del sol. En los siglos IV y V los hunos se expandieron desde las estepas de Mongolia e iniciaron la conquista de diversos países desde la India hasta Roma, aunque fueron incapaces de mantener el contacto entre los distintos clanes y no tardaron en asimilarse a las culturas que

conquistaron.

Al poco de secuestrar a Hoelun, Yesuguei partió para emprender una campaña contra los tártaros y mató a un guerrero llamado Temuyín Ugue. Regresó cuando su hijo acababa de nacer y decidió llamarlo Temuyín. Como los niños de las estepas recibían sólo un nombre que debía acompañarlos de por vida, su elección tenía un gran simbolismo, a menudo a distintos niveles; el nombre imponía a la criatura su carácter, su suerte y su destino. El hecho de

llamarlo Temuyín probablemente fuera para subrayar la eterna enemistad de los mongoles y los tártaros, aunque el significado preciso del nombre de Temuyín o lo que pretendía conferirle su padre con esa elección son dos cuestiones que han sido siempre objeto de controversia por parte de los especialistas, y muchos han dado rienda suelta a la imaginación. La pista más fiable de su pretendido significado la encontramos en la práctica mongol de imponer a varios niños nombres derivados de una misma raíz o palabra. De los cuatro hijos que tuvo Hoelun después de Temuyín, al último varón se le impuso el nombre de Temugue, y a su única hija, la más pequeña de todos, el de Temulun. Los tres nombres parecen derivar de una raíz común, el verbo *temul*, el cual aparece en varias palabras en lengua mongola que significan precipitarse, estar inspirado, tener una idea creativa e incluso realizar un vuelo de capricho. Como me explicó un estudiante mongol, para entender mejor lo que

implica esta palabra deberíamos pensar en «la mirada de un caballo que galopa hacia donde quiere dirigirse sin importarle la dirección que desea seguir el jinete». Pese al aislamiento del mundo

mongol, las tribus que vivían allí no quedaban totalmente al margen de las influencias de lo que sucedía más allá de sus fronteras. Durante siglos, antes del nacimiento de Genghis Khan, las civilizaciones china, musulmana, hindú y cristiana fueron filtrándose en la patria de los mongoles, aunque pocos aspectos de esas culturas consiguieron adaptarse a la dureza de la vida en las altas estepas. Las tribus nómadas mantenían complejas, aunque distantes, relaciones comerciales, religiosas y militares con los diversos estados de China y Asia central, cuya configuración cambiaba constantemente. Al vivir tan apartados, al norte, los mongoles quedaban prácticamente fuera del alcance de las rutas comerciales que más tarde conformarían la Ruta de la Seda, que pasaba por el sur del desierto de Gobi y conectaba de forma intermitente las sociedades china y musulmana. No obstante, se filtraron hasta el norte suficientes mercancías para permitir a los mongoles ser conscientes de los tesoros que había en el sur.

Para los nómadas comerciar y luchar con sus vecinos constituía una parte interrelacionada de la vida cotidiana, tan habitual y predecible como atender a los animales recién nacidos en primavera, buscar pastos en verano o secar carne y productos

lácteos en otoño. El largo y frío invierno era la estación de caza. Los hombres partían en pequeños grupos para recorrer las montañas y penetrar en los bosques en busca de conejos, lobos, martas, venados, argalis (una especie de carnero salvaje), jabalis, osos, zorros y nutrias. A veces toda la comunidad participaba en la cacería, rodeando una zona lo más extensa posible para obligar a la presa a dirigirse al punto en el que debía ser abatida. Los animales no sólo proporcionaban carne y pieles, sino también cornamentas, cuernos, colmillos, dientes y huesos que los nómadas transformaban en una variedad de instrumentos, armas y objetos decorativos, además de órganos que secaban para usarlos con fines medicinales. El bosque proporcionaba asimismo otros bienes de intercambio comercial que tenían una utilidad en la vida diaria, como, por ejemplo, aves de caza que eran atrapadas en sus nidos siendo todavía polluelos.

De familia en familia, de *ger* en *ger*; los nómadas comercializaban hacia el sur los productos que les ofrecían los bosques, mientras que los artículos manufacturados, como por ejemplo los de metal y los textiles, llegaban lentamente al norte desde los centros comerciales situados al sur del Gobi. Los mongoles sobrevivían en el extremo meridional de ese mundo, precisamente allí donde la estepa da paso a los bosques siberianos del norte. Vivían tanto de la caza en el bosque como de la cría de animales en la estepa y encarnaban las

características más extremas de estos dos mundos. Permanecían aferrados a las puntas deshilachadas de la delicada y sutil red comercial que unía la tundra y la estepa del norte con los campos de cultivo y los talleres del sur. Eran tan pocos los artículos que llegaban al lejano norte que, entre los mongoles, solía decirse que el hombre que poseía un par de estribos de hierro podía ser considerado todo un gran señor.

Algunos años escaseaba la caza, y sin el suministro de productos del bosque con los que comerciar, la gente podía pasar hambre con la llegada del invierno. En esos años, los mongoles no dejaban de organizar partidas de caza. La única diferencia estribaba en que, en vez de dirigirse hacia el norte y adentrarse en los bosques para cazar animales, se dedicaban a tomar el camino de las estepas para cazar a seres humanos.